
CAPITULO XIII

El bloqueo

I

EL terrible escarmiento recibido el día 19 decidió á Saint-Cyr á abandonar toda idea de nuevos asaltos, volviendo á su primer plan de tener bloqueada á Gerona, que con el tiempo no le quedase más remedio que caer. La operación era poco brillante. De sucumbir Gerona, no iba á llevarse con ello ninguna gloria el ejército francés, tan amigo de lauros. Se apoderarían de Gerona como unos miserables secuestradores se apoderaran del caminante, no en buena lid. ¡Valiente hazaña la de estarse allí fuera de plantón, imposibilitados de entrar, y aguardando á que los valientes defensores de la plaza se pusiesen enfermos ó se muriesen para aprovecharse de la coyuntura! ¡Eso lo sabía hacer cualquiera y distaba mucho de constituir un Austerlitz! El ejército francés ante Gerona no era desde entonces una hueste: era una escuadra de corchetes. Aquello era indigno; aquello lo era todo menos glorioso. Faena de carcelero, no faena de soldado.

Hubo, pues, completa tranquilidad dentro y fuera. Ya no se bombardeaba: se espiaba; ya no había centinelas, sino vigías; ya no se confiaba en las brechas, sino en los estómagos barrigas.

Algunos oficiales que habían estado en Zaragoza con Verdier cuando el primer sitio, no ocultaban la profunda vergüenza que aquello les causaba. Hételes ahí que se encontraban ante Gerona desde ha-

cía cinco meses. Eran dueños de Montjuich, la plaza estaba dominada por sus fuegos, y, sin embargo, allí tenían que estarse mirándola desde lejos, á pesar de que el general Lázaro Carnot había solemnemente promulgado el principio de que ninguna plaza bien atacada podía prolongar su defensa más allá de cuarenta días. ¡Cuarenta días y ellos hacía ya *ciento cuarenta y tres!* ¡Y qué plaza! ¡Cualquiera iba á decir que era un segundo Dantzic, un segundo Stralsunda, un segundo Génova, un segundo campo atrincherado de Ulma, y no pasaba de ser una plaza con unas murallas que se caían de viejas, con unas brechas por donde poder pasar cien hombres de frente!

Y así trascurrieron algunos días, cerniéndose paavoroso sobre Gerona el espectro del hambre.

Porque la falta de subsistencias, á no remediarlo pronto Dios y el general Blake, iba á ser completa, absoluta. Al comenzar el sitio había almacenados en Gerona víveres para cuatro meses, y ya habían trascurrido cinco, pues el convoy de García Conde había resultado muy insuficiente para lo que se necesitaba.

No existía, por lo tanto, otra salvación que la llegada de un nuevo convoy. Ahora se tocaban las consecuencias de no haber acudido más pronto en socorro de Gerona, de no haber Coupigny secunda-

do los descos de la Junta de Cataluña disponiendo un levantamiento en masa para obligar á los franceses á levantar el sitio.

Blake, siempre paralizado, merecedor de que en Gerona se hubiese hecho popular el estribillo de *Blaca (Blake) may ataca* (1), no hacía nada para divertirse hacia algún lado la atención del enemigo, todo por no confiar en el paisanaje y por esperar solo de la tropa de línea, como si aquella fuese una campaña académica ó por el estilo de las que sostenían las *potencias del Norte*.

¡Ah, si se hubiese tratado de D. Enrique O'Donnell! ¡Ese sí que tenía siempre ganas de pegárselas con los franceses, sin mirar cómo vestía la gente que acaudillaba! ¡Ese sí que era activo y llanote y amigo de atacar!

Sin embargo, la verdad era que Blake, si no había hecho nada desde el 1.º de setiembre para incomodar á los franceses y llamar su atención hacia otra parte, estaba organizando ahora un convoy en Hostalrich, á cuyo punto se había trasladado abandonando á Olot, por haberse convencido de que iba á ser ahora imposible introducir el socorro por su derecha, esto es, por los Ángeles, y más factible haciéndolo por la parte de La Bisbal, á su izquierda.

Esta vez se componía el convoy de 2,000 acémilas con mucho ganado lanar, y para su escolta contaba Blake con 1,200 hombres. Confió el convoy á la pericia del mariscal de campo Wimpfen, que tenía por segundo, al noble y generosísimo brigadier D. Luis Roca de Togores, conde de Pinohermoso, el mismo que costeó de su peculio aquel magnífico regimiento de Cazadores de Orihuela, vulgo *cazadores de Pinohermoso*, que pereció casi por entero en el sitio de Zaragoza. La vanguardia iba mandada por el coronel D. Antonio Garcés de Marsilla, y á su cabeza marchaba D. Enrique O'Donnell.

Salió el convoy de Hostalrich el día 21, á las órdenes de Wimpfen, marchando á retaguardia Blake, y, guiado por gente práctica del país, anduvo cuatro días por extraviados senderos y por entre barrancos y costeano precipicios, hasta salir el día 26 por la mañana á las alturas de Santa Pelaya, delante de La Bisbal.

Con terrible ímpetu atacó al momento O'Donnell

á los franceses para despejar el paso al convoy y cubrir su marcha. La arremetida fué incontrastable: huían los franceses desde Villarroja á San Miguel, y los 1,200 hombres de O'Donnell, á los gritos de éste de *¡Viva Fernando VII! ¡Viva la inmortal Gerona!*, semejaban devastador torrente, señalando su paso con el incendio de los campamentos que abandonaba el enemigo y con los cadáveres de los que se oponían á su paso. Un grueso destacamento francés trató de resistir, fortificándose en una ventajosa posición; pero, electrizando O'Donnell á su gente, atacólos á la bayoneta y cogió prisioneros á los que no tuvieron tiempo de ponerse en salvo, á saber, un teniente coronel, dos oficiales y veinte soldados, hecho lo cual, y siempre con aquella arrebatada marcha, acogiéndose al abrigo del fuerte del Condestable, esperando llegase Wimpfen detrás de él

Pero Wimpfen no llegaba. Sin duda O'Donnell había avanzado con demasiado ímpetu, alejándose de él más de lo prudente; pero ¿cómo no pensar que en todo caso no acudiría Blake en socorro del digno general, puesto que, lo mismo que los demás, se encontraba en las alturas de La Bisbal con el grueso del ejército? Pues nada de eso: cuando, enterado Saint-Cyr de la marcha del convoy, corrió á interponerse entre la vanguardia de O'Donnell y el convoy mandado por Wimpfen, apresándolo casi todo, Blake se lo estuvo mirando sin decidirse á ir en socorro del intrépido suizo, por más que veía cómo peleaban aquellos bravos, figurando entre los que cayeron gloriosamente heridos el noble conde de Pinohermoso. En suma, que los franceses hicieron más de 2,000 prisioneros nuestros, mientras Blake se lo estaba mirando desde las alturas de Santa Pelaya, y se apoderaron de casi todo el convoy, pues apenas si pudieron salvarse 170 cargas.

Lo que pasó luego fué horrible: los franceses se llevaron á los arrieros que cuidaban de las acémilas y les martirizaron cruelmente, hecho lo cual estrangularon á unos, ahorcaron bárbaramente á otros, y al resto los fusilaron en el sitio llamado *el Palau*, á la vista de Gerona.

II

Había fracasado el anhelado socorro. ¿Qué sería de Gerona, famélica? ¿No había hecho bastante aún

(1) Blake nunca ataca.

la valiente plaza que se la dejaba perecer de hambre? ¿En qué pensaba la Junta Central del Reino? ¿En qué pensaba la Junta de Cataluña? ¡*Ya no había carne!* Habíase acabado todo, y sólo para los enfermos era posible procurarse algunas cortas cantidades de tocino y manteca, voluntariamente ofrecidas por los gerundenses. La Junta de Cataluña, conmovida por aquella situación, levantó las compañías de reserva ó somatenes de los corregimientos, y, como todo el mundo ardía en deseos de acudir en socorro de Gerona, armáronse y equipáronse rápidamente dichas compañías, con tal entusiasmo que basta decir que en el solo corregimiento del Vallés se formaron *cuarenta* de á cien hombres cada una; pero, por más que se procediese con actividad, había de por medio Blake, que estaba ahora en Vich y no se movía ni á tres tirones, siendo capaz de enfriar el calor del más ardoroso partidario. Desgraciado sino de aquel apreciable militar, en quien, sin duda, el cálculo ahogaba completamente la acción.

La situación de Gerona, más crítica á cada momento que pasaba, complicábase con la presencia de O'Donnell al pie del fuerte del Condestable. El valor desplegado por el antiguo coronel de Ultonia había resultado completamente estéril, y aun no faltaba en el campo de Blake quien le diese la culpa, por su intrepidez, del fracaso del socorro. Sea como fuese, había allí 2,000 hombres que consumían bastante y que de poco efecto podían ser. Pero ¿cómo romper el estrecho círculo de hierro que aprisionaba á Gerona? O'Donnell fué heroico, y decidió salirse á todo trance.

Pero ¿por dónde evadirse? La vigilancia era extremadísima, el cerco completo. De fugarse por alguna de las fragosidades de los alrededores, corriase el peligro de desbandarse la tropa, de introducirse la confusión, de perder gente, y harta se había perdido ya. Y O'Donnell, con un valor que pasma, murmuró:

—Vamos á salir por el llano del Salt, atravesando por en medio del campamento francés.

III

Un ayudante enviado á Álvarez de Castro manifestó á éste que O'Donnell iba á cruzar por la ciudad aquella noche para incorporarse al ejército de

Blake, y que estaba dispuesto á admitir á las familias que quisiesen salirse de Gerona. La noticia, prontamente propagada, llenó de admiración á todos, que no sabían cómo iba á realizar O'Donnell aquella atrevidísima marcha. Con todo, era tanta la confianza que inspiraba aquel caudillo que algunas familias de todo punto privadas de recursos, ó bien con enfermos, ó necesitadas, de algún alivio para el restablecimiento de los suyos, no vacilaron en decidirse por seguirle; bien entendido que sólo se trataba de impedidos, mujeres ó valetudinarios, pues ningún hombre capaz de empuñar un arma había de abandonar su puesto.

Y no se diga la alegría que tuvieron nuestros amigos Pedrarias y Jaume dels Castells, restablecidos ya de sus heridas y ávidos de encontrarse de nuevo á las órdenes de O'Donnell. El teniente, que, una vez dado de alta, se había ingeniado para ponerse al habla con Antonieta, ora disfrazándose con los más diversos trajes, ora sobornando beatas y mandaderas, sabía ya á qué atenerse, y lo único que deseaba era poner fin á la guerra (¡así hubiese dependido de él!), imaginándose, en alas de su buen deseo, que su concurso podía servir de mucho.

Dió en esto la una de la noche del 12 al 13 de octubre y un sordo rumor de pasos hizo retemblar las silenciosas calles de Gerona. Las familias que tenían resuelto seguir á la expedición uniéronse á las filas, y la columna, después de atravesar por la ciudad, salió por la puerta de Areny, desembocando al poco rato en el llano del Salt, donde tenía su campamento la división Souham.

Iba la columna á paso acelerado, compacta, hecha una falange. Todo cuanto encontró al paso fué arrollado: avanzadas, grandes guardias, centinelas, retenes. El enemigo, poseído de estupor, no volviendo en sí del asombro, veía pasar una línea negra por entre la blancura de las tiendas, muda, firme, irresistible. Cuando al toque de generala se hubo reunido toda la fuerza, ya O'Donnell había atravesado el círculo de hierro y se encontraba libre. La audacia de esta marcha llenó de admiración á los franceses; pero, rehaciéndose, luego dió orden Verdier de perseguir sin descanso á la osada columna, enviando á su alcance 2,000 hombres con 200 caballos.

Pero no ha hecho Dios á los franceses para poder perseguir á los españoles. O'Donnell se dejó pronto

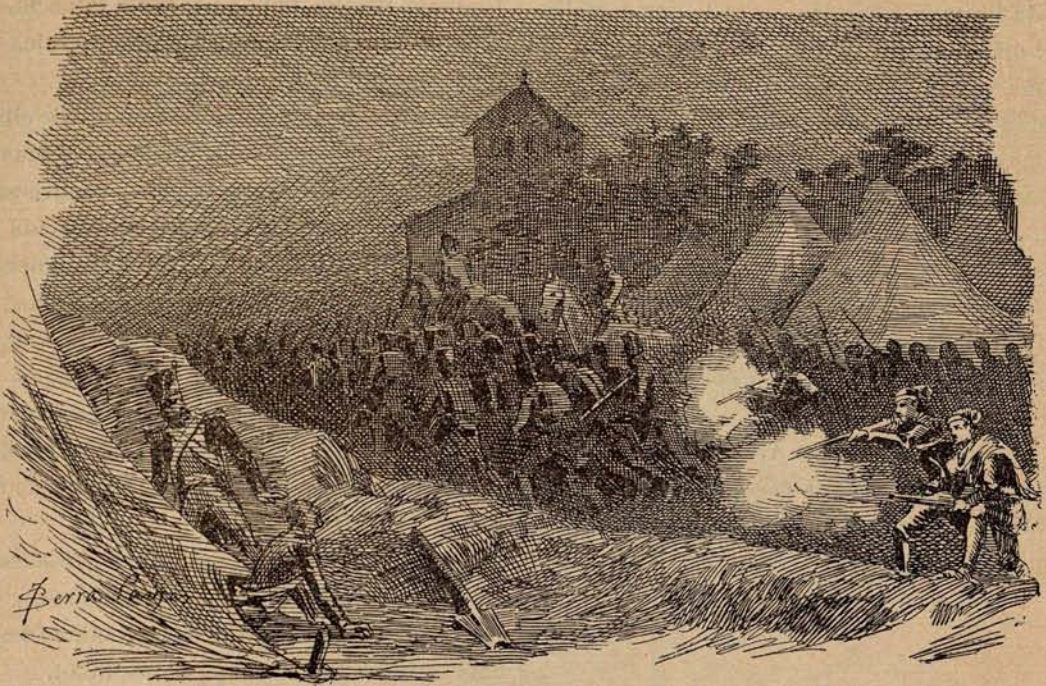
muy atrás á los que le iban á la zaga, y al amanecer se acogía á Santa Coloma de Farnés, donde á poco se le reunió el valiente Milans del Bosch. Al llegar los franceses para atacarles hubieron de volver grupas en seguida: tal fué el coraje con que fueron recibidos.

IV

El bloqueo de Gerona continuaba riguroso como

siempre; pero de vez en cuando probaban los franceses á ver si encontrarían descuidados á los defensores. Así fué que ora trataban de sorprender nocturnamente á las guardias, ora con humanísima oportunidad bombardeaban, también de noche; pero sin que ni por asomo se notase el menor indicio de desfallecimiento en los sitiados.

Á últimos de octubre la situación de Gerona era horrorosa: no había qué comer; pero, firme Álvarez



...veía pasar una línea negra por entre la blancura de las tiendas...

en su propósito de que el sitio tenía que ser *cuatro veces* más largo que el de Zaragoza, no se arredró por eso, sino que imaginó que, á falta de carne de ganado lanar ó vacuno, buena sería la carne de ganado caballar. La idea fué sometida á un consejo de médicos, que, como es natural, la encontraron magnífica, siendo verdaderamente de admirar la erudición desplegada por el doctor D. Juan Nieto Samaniego en su informe del 24 de octubre á propósito de las grandes excelencias del hipofagismo, hasta creer preferible la carne de caballo á cualquier otra. Comióse, pues, carne de caballo, á 10 cuartos la libra.

Pero no había tantos caballos en Gerona que bastasen para el consumo durante mucho tiempo; y, así, generalizando gallardamente el doctor Viader sobre

ciertas alimentaciones todavía inéditas, probó y demostró que la carne de caballo distaba mucho de reunir las admirables condiciones de la carne de mulo y de asno, extendiéndose en las más eruditas consideraciones históricas en apoyo de su tesis. Comióse, pues, carne de mulo, de mula y de asno, dándose así la razón á Rerario, Herodoto, Plinio, Estrabón, Cardano, Paiper, León Africano, Buffón y Lientund, citados por el doctor Viader en su memoria.

Sea como fuere, el uso de aquella carne fué de grande alivio, especialmente para los enfermos, que á millares los había. Pero ni el escorbuto, Herodes de los niños; ni la disentería, que diezaba á la tropa; ni el tifus, que azotaba á las clases acomodadas, bastaban para enfriar el entusiasmo ni ami-

norar la resuelta decisión de los defensores, aunque tan solamente en octubre fallecieron 800 individuos de tropa, número que representaba el 12 por 100 de los atacados.

En materia de pan, como había aún algún trigo, aunque no harina, hacía machacando el grano (á falta de molinos) en almireces, ó cascos de bomba, ó simplemente entre dos piedras, y así se salía del paso, aunque cualquiera puede comprender lo indigesto que resultaría tal manjar. Pero, hay que repetir, nada bastaba á que los gerundenses desfalleciesen lo más mínimo. Un día que Álvarez salía de una tahona y se lamentaba de que no hubiese salido la cantidad de harina que se había calculado, oyó la voz de un paisano que decía:

—No hay que afligirse, señor: comeremos el trigo, aunque sea seco.

Y pocos días después, como se doliese de la escasez de víveres, pues ya se iban acabando los asnos y los mulos, otra voz dijo:

—Señor, cuando no haya otra cosa, comeremos madera.

Estas palabras animaban á Álvarez en su resolución de no ceder por nada, á pesar de su convencimiento de que Blake no podría socorrerle, en lo cual no se equivocaba.

V

Tipo de lo que ocurría en todas las casas de Gerona era lo que estaba sucediendo en la de D. Félix Folch.

¿Qué era de aquella fiereza del *hereu*, de aquella indómita arrogancia que no quería oír hablar de ningún ajeno auxilio para que Gerona con sus solas fuerzas obligase al francés á levantar el sitio? ¡Tronchó el tifus aquella naturaleza tan robusta, y el que debía ser firme puntal de la casa de Folch dormía el sueño eterno desde primeros de octubre, arrebatado por el mal!

Tres días después seguía Esteban, muerto de la misma enfermedad, de ese mal que sigue siempre á los ejércitos y los diezmas. El pobre estudiante, tan alegre, tan optimista, acostumbrado á verlo todo de color de rosa, entró desde el primer momento de su enfermedad en un delirio locuaz, pronunciando interminables frases sobre la pronta liberación de Gerona por las tropas de Blake y la conquista de Francia

por las armas españolas, confundiendo tales discursos con el recuerdo de su visita al hospital para ver á Pedrarias y de su conversación con el húsar de Granada que tenía la novia en Tarragona.

Á ambos hijos asistieron con solícito cuidado sus desconsolados padres y Siseta, doliéndose el pobre D. Félix de que la muerte escogiese de preferencia á aquellos jóvenes tan fuertes y robustos y le dejase á él, inútil para todo.

Pero no había el desventurado padre apurado lo bastante el cáliz de la amargura: la noche del 14 de octubre moría también Siseta, la heroica doncella de la compañía de Santa Bárbara.

¡Muerta como sin duda deseaba morir ella! ¡Muerta de un casco de bomba que derribó mucha parte de la casa! Murió derramando su sangre por la patria; murió cual preciada víctima ofrecida en holocausto al horribilísimo Moloch de la guerra, á ese ídolo monstruoso que gusta de las víctimas virginales, puras, que podrían ser dechado de todas las virtudes en la paz; que gusta de arrebatarse á los hijos al padre que les gana el pan, á los ancianos al hijo que les sostiene, á los padres al tierno ser delicia de su existencia. ¡La guerra, esa afrenta de la humanidad!

Y moría Margarideta aniquilada por el escorbuto, y al par que ella moría su pobre madre, y el infeliz padre, agotada toda resistencia á tantas desgracias, caía en un estado como de imbecilidad.

El hermano de Marieta, la doncella, aquel que servía en la Cruzada, decidió ir á avisar á Antonieta, ignorante de todo lo ocurrido. No había querido D.^a Concepción se la enterara de nada por temor de que no quisiera salirse del convento y se expusiera á los terribles peligros que se corrían en la casa y á las crueles angustias que en ella tenían que sobrellevarse. En las Clarisas podía estarse más á salvo del bombardeo, y sin duda las privaciones debían ser menos sensibles.

Cuando Andrés, que así se llamaba el joven, después de haber pedido por Antonieta, vió á ésta presentarse en el locutorio, no supo de momento qué decirle. Así, tartamudeando, exclamó:

—Señorita... es preciso que inmediatamente se vaya V. á su casa.

—¿Qué ocurre?—respondió Antonieta palideciendo.

—Pues... ya lo verá V., señorita. No tarde V.

—¡Oh! En seguida. Aguárdeme V. en la puerta.
Salió corriendo Antonieta de donde estaba, y pocos minutos después se reunía con el mozo, tratando de leer en su semblante las nuevas que aun no sabía. Antonieta se temió al momento una gran desgracia,

aunque sin poder imaginar hasta qué punto era horrible. Andrés, pálido, ojoso, había cambiado su expresión, de ordinario bravía, por otra de desolada tristeza.

—Andrés: ¿qué hay? Dimelo todo,—iba dicen-



Estaba cerrada una de las hojas: había allí algún muerto

do la joven mientras andaba apresuradamente, volviendo á cada punto la cabeza hacia su compañero para sorprender en su fisonomía algo que le sacase de sus mortales ansias.

—Señorita... algo pasa. Yo no lo sé bien. Enfermos...

—¿Quién? ¿Mi madre? ¿Mi padre?

—No. Creo que... no sé bien. Pero... hay que tener valor.

—¡Muertos!

—Muertos... yo no sé; pero sí que están muy graves.

—¿Quiénes?

—Sus hermanos.

—¡Misericordia divina! ¿Y Siseta? ¿Y la Guideta?

—Pues... no sé.

—¡Ay de mí! ¡Andrés! ¡No me ocultes nada!

¿Están enfermas también?

—No la engañaré á V. Como hay tantas epidemias...

—¡Pobre madre de mi alma! ¡Cómo estará!

—Sí... ¡Pobre!

—¿Qué?

—Señorita... yo no me he enterado bien. Marieta me ha dicho que fuera en seguida á buscarla á V. al convento y ella le dirá á V. ...

—¡Ella! Pues ¿y los otros?

—Sí: los otros también. Pero sobre todo conviene tener valor, señorita. Ya ve cuánta gente se está muriendo; aunque ¡vive Dios! no hemos matado pocos franceses nosotros. Y los que mataremos ¡redió! porque faltan muchos aún que coser á bayonetazos! ¡Ira de Dios!

—¡Andrés, Andrés! ¡Qué desgracia tan espantosa habrá ocurrido en casa!

—Sí, horrorosa. Sépalo V. de una vez. Y ahora nada de afligirse. ¡Piense V. en vengarse!

—¡Te lo juro!

—Eso, eso. ¡Mal hayan todos!

Ya en esto habían llegado Antonieta y Andrés á la puerta de la casa.

Estaba cerrada una de las hojas: había allí algún muerto.

Antonieta, lívida, penetró con firme paso y subió las escaleras rápidamente, aunque presa de convulsivo temblor.

VI

Estaba Marieta en el recibimiento, vestida de luto, y al ver á su señorita arrojóse en sus brazos lanzando un grito desgarrador.

—¡Déjame pasar!—exclamó con voz sorda la hija de D. Félix.

—¡Antonieta! ¡Ay! ¡Lo que vas á ver! Pero oye.

—No.

La joven se desprendió de los abrazos de la pobre muchacha y fué corriendo hacia la sala.

Sobre dos mesas había los dos cadáveres de su madre y de Margarideta, y en pie, de espaldas á la puerta, el infeliz padre.

Un lastimero gemido de Antonieta hizo volver la cabeza al infeliz D. Félix, que, dirigiéndose hacia su hija, exclamó sonriendo:

—¡Míralas que bien están! Ahora he mandado á comprar una gallina.

La joven miró á su padre con terror.

—¡Míralas! Hasta que traigan la gallina las verás así.

Antonieta, dejando á su padre, arrojóse sobre el cadáver de su madre, y luego sobre el de Margarideta, al tiempo que entraban Marieta y Andrés.

—¿Y Siseta? ¿Y Eudaldo? ¿Y Esteban?—exclamó dirigiéndose á ellos.

Los dos hermanos bajaron la cabeza, mientras Antonieta, loca de espanto, retrocedía.

—¿La Siseta?—exclamó de pronto D. Félix.—Sí. Pues ella ha ido. Están á algunos pasos los tres. ¿No los has encontrado por el camino?

Antonieta, rendida por el tremendo peso del dolor que aplastaba su alma, cayó redonda al suelo, sin sentido, mientras D. Félix, indiferente á aquel suceso, salía de la habitación á ver si volvían sus hijos.



CAPÍTULO XIV

Pedrarias cazador

I

TRASPORTADA Antonieta á su cuarto, fué acometida al punto de un violento acceso de delirio, manifestando el doctor Viader, á quien fué á buscar Andrés, que se trataba de una *calentura nerviosa*, según el tecnicismo de la época.

El pobre D. Félix, perdida por completo la razón, no parecía darse cuenta ni de lo que había ocurrido ni de lo que estaba ocurriendo, por lo cual Antonieta era cuidada tan solamente por su fiel doncella, que sólo se apartaba de su lado los cortos momentos en que iba por allí Andrés.

Pero *cuidar* á Antonieta es una expresión que no revela bien la realidad de las cosas. La situación de Gerona, insostenible desde ya hacía tiempo por la falta de víveres, había llegado ahora á ser imposible. Existía por un prodigio de voluntad, no porque fuese posible humanamente. Los pobres se morían de hambre, los ricos se arruinaban, y cuando se le hacía ver á Alvarez el triste espectáculo que ofrecía un hombre muerto de hambre en medio del arroyo, respondía:

—Lo mismo da morir de necesidad que en la brecha.

A primeros de noviembre un pan de munición costaba ocho pesetas; el vino y aguardiente, veinte; un par de gallinas, ochenta (cuando las había, introducidas á costa de su vida por intrépidos nego-

ciantes); una liebre, doce duros; un par de pichones, tres duros; un cuartillo de aceite, diez y seis pesetas; una libra de judías, dos pesetas; un ajo, un real.

Agotada toda carne antes de lo que se pensara, pues en aquel verano no dieron ería los animales ni flores las plantas, fueron tenidos como exquisito manjar las más inmundas bestias: un gato se vendía en treinta reales; un ratón, en cinco. Una libra de azúcar costaba veinticuatro reales; un quintal de leña, cuarenta; una libra de velas, diez; una libra de arroz, treinta y dos. Los fumadores pagaban cien reales por una libra de tabaco.

Con eso puede formarse idea de cómo podían ser asistidos los enfermos; pero, sobre todo, con faltar absolutamente toda clase de medicamentos, pues habíanse agotado hacía tiempo cuantos había en las boticas. Feliz aquel, entre los más pudientes, que había podido conservar en su casa alguna sábana, entregadas casi todas para servir en los hospitales ó para hacer hilas y vendajes. Milagro del cielo había de ser, sin duda, que Antonieta pudiese resistir aquella enfermedad en medio de tan terribles condiciones.

II

Y, sin embargo, Gerona resistía siempre, siem-

pre. Aquellos esqueletos, á falta de carne, tenían nervios y sentidos, y prestaban el servicio de la plaza como si hubieran estado animados por el soplo de alguna sobrenatural potencia. El cementerio, la sentina, el muladar, la ruina llamada Gerona re-

sultaba tan entero y vigoroso como la más fuerte plaza, y era peligroso para el francés acercarse á aquellos muros desmoronados, detrás de los cuales se estaba seguro siempre de que partiría una descarga al aproximarse.



...detrás de los cuales se estaba seguro siempre de que partiría una descarga...

¿Qué se esperaba? ¡La muerte! ¡La muerte gloriosa de los héroes! Gerona daba un bofetón al rostro del emperador. EL NOMBRE DE GERONA NO HABÍA DE FIGURAR EN LAS LISTAS DE LOS TRIUNFOS NAPOLEÓNICOS. Gerona no sería nunca jamás vencida: Gerona sería eternamente una página de vergüenza para Napoleón; Gerona podría caer aniquilada: jamás caería rendida; Gerona dejaría su nombre á la posteridad española, á la admiración universal: ja-

más habría de verse unida al título de ningún militar francés; Gerona podría quedar aniquilada, pero no dejaría entre las garras del cuervo que espiaba su agonía sino un puñado de polvo. Al entrar el francés en la ciudad había de sentir caldearse sus mejillas por el sonrojo de la vergüenza, jamás por el orgullo del triunfo. Gerona moriría, pero moriría libre. Los franceses conquistarían á un montón de muertos, se jactarían de dominar sobre un montón de escom-

bros: no podrían blasonar nunca jamás, jamás, de haberse hecho dueños de Gerona por la fuerza de las armas.

Un negro velo habría de cubrir siempre el nombre de GERONA en el panteón de las glorias del Imperio. Decir *Gerona* equivaldría á decir *Gloria eterna para los sitiados*; querría decir... querría decir... ¡m... para el sitiador!

III

El francés, impaciente por salir de su vergonzosa situación, trataba de vez en cuando de tantear el terreno por si salía bien alguna sorpresa; pero todo paraba en que perdiese gente.

Verdier había sido relevado del mando del cuerpo de sitio para encargarse de la división Souham, siendo reemplazado por el general Amey; y, deseoso



... lo mismo que en *el gran día*, no les valió su jactancioso deseo

de intentar un último esfuerzo, decidió la noche antes (la del 3 al 4 de noviembre) sorprender la vigilancia de los bloqueados. Mal les conocía, á pesar de los seis meses que llevaba allí delante. A las doce de la noche, pues, cayeron tres columnas, por distintas partes, sobre el recinto. La primera hizo alto en la *Creu bonica*, en la carretera de Barcelona; pero fué descubierta por una bala de iluminación del baluarte de San Francisco y tuvo que retirarse de prisa. Las otras dos se detuvieron en el cementerio del Rey y se acercaron lo bastante á la muralla para estar á tiro de fusil, haciendo luego una descarga; pero al punto les respondieron á metrallazos desde el baluarte antes citado, el de la Merced y la torre del Carmen, y apelaron también á la honrosa estratagema de la fuga.

Este fué el último *triunfo* alcanzado por Verdier en Gerona.

Tiempo le faltó á su sucesor para querer hacer una hombrada; y así, el día 6, con gran jactancia, mandó atacar la brecha de Santa Lucía (aquella misma en que pereciera el coronel Marshall); pero, lo mismo que en *el gran día*, no les valió su jactancioso deseo. No puede negarse, sin embargo, que el ataque fué vivísimo. El enemigo se presentó ante la brecha á las diez de la noche, y de pronto consiguió pasar á una casa situada enfrente de la brecha de Alemanes y en el camino que baja á la fuente del Obispo; pero, descubiertos los franceses por una bala de iluminación de la torre de Gironella, comenzó contra ellos nutrido fuego, acabando de barrerles á metrallazos la batería de San Cristóbal. De

momento hubo alguna alarma y hasta llegó á decirse á Alvarez que los franceses entraban en Gerona por la brecha del Carmen; pero el general se limitó á contestar:

—¡Ojalá fuese así, pues de esta manera podríamos matar á cuatro ó cinco mil franceses dentro de la ciudad!

Convencido Augereau de que la cosa era sumamente dura de pelar, trató de comprar á fuerza de oro á quien quisiese atreverse á hablarle de capitulación á Alvarez, dándose el caso de avenirse á ello algún paisano, algún fraile y hasta algún soldado. Todos eran presos al momento que se atrevían á significar su atrevido pensamiento, ó bien les contestaba de tal manera el gobernador que no les quedaban más ganas de chistar. Así, como un día tuviese cierto jefe el inaudito valor de pronunciar la palabra *capitulación*, alegando la falta de víveres, respondió Alvarez, montando en formidable cólera:

—¡Cómo! ¡Sólo V. es aquí cobarde! ¡Cuando ya no haya víveres nos comeremos á V. y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga!

De todas maneras, á mediados de noviembre, y para que nadie pudiese alegar ignorancia sobre sus intenciones, mandó publicar Alvarez una orden de la plaza concebida en los siguientes términos: «Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

IV

Por aquellos mismos días, el 19, entraba de nuevo Pedrarias en Gerona, despachado por Blake para decirle á Alvarez de Castro que no contase con que pudiese socorrerle. El joven, tras pasado de dolor el corazón, había atravesado las líneas francesas con la intrepidez del que antes busca la muerte que evita el peligro.

La noticia le dejó tan perfectamente tranquilo que se limitó á responder: —*Enterado*; pero dió lugar á que en el estado mayor del general se opinase de diversos modos respecto al partido que más conveniente parecía. Nadie habló, por supuesto, de capitulación, pero eran de parecer algunos que, contando aún Gerona con 4,000 aguerridos soldados y con

una oficialidad excelente, sería de más provecho salirse de la plaza é irse á pelear al campo, ya que era de todo punto inútil defender aquella plaza demolida. Inspirábanse los que tal decían en nobles ideas ciertamente; pero en la sublime resolución que animara á Alvarez de dejar un nombre inmortal en la historia del heroísmo español, enfermo, debilitado el cuerpo, febril, manteníase implacable en su tenacidad, y su única respuesta á cuanto se le pudiera objetar era: —*¡No quiero rendirme!*

Al salir el teniente, á las primeras horas del siguiente día, para inquirir algo sobre la suerte de su amada, enterado ya, aunque imperfectamente, de las desgracias acaecidas en su familia, sintióse desfallecer á la vista del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos: Gerona estaba convertida en la más pavorosa imagen del horror. ¡Quién la hubiese visto antes, tan limpia, tan alegre, y la veía ahora!

No había calle que no estuviese interceptada por enormes montones de escombros, llena de baches, en los que se encharcaban las aguas llovedizas, reventadas las cloacas y envenenado el ambiente por el hediondo olor de los cadáveres insepultos, hacinados en el arroyo. No podía darse un paso sin pisar cascotes de granadas ó de bombas, balas, proyectiles de toda suerte de los disparados contra la plaza por el sitiador.

Todas las casas estaban derruídas, las calles desempedradas, hechas un lodazal inmundito. De vez en cuando, en medio del fúnebre silencio, veíase vagar una sombra, como si hubiese escapado de un sepulcro, demacrada, harapienta, vacilante. A través de las cuarteadas paredes de las casas veíanse los interiores vacíos, los techos arruinados, la luz penetrando hasta lo hondo verticalmente, desmoronados los tejados. Un olor acre, insoportable, de estercolero, de letrina y de cementerio, emponzoñaba la atmósfera.

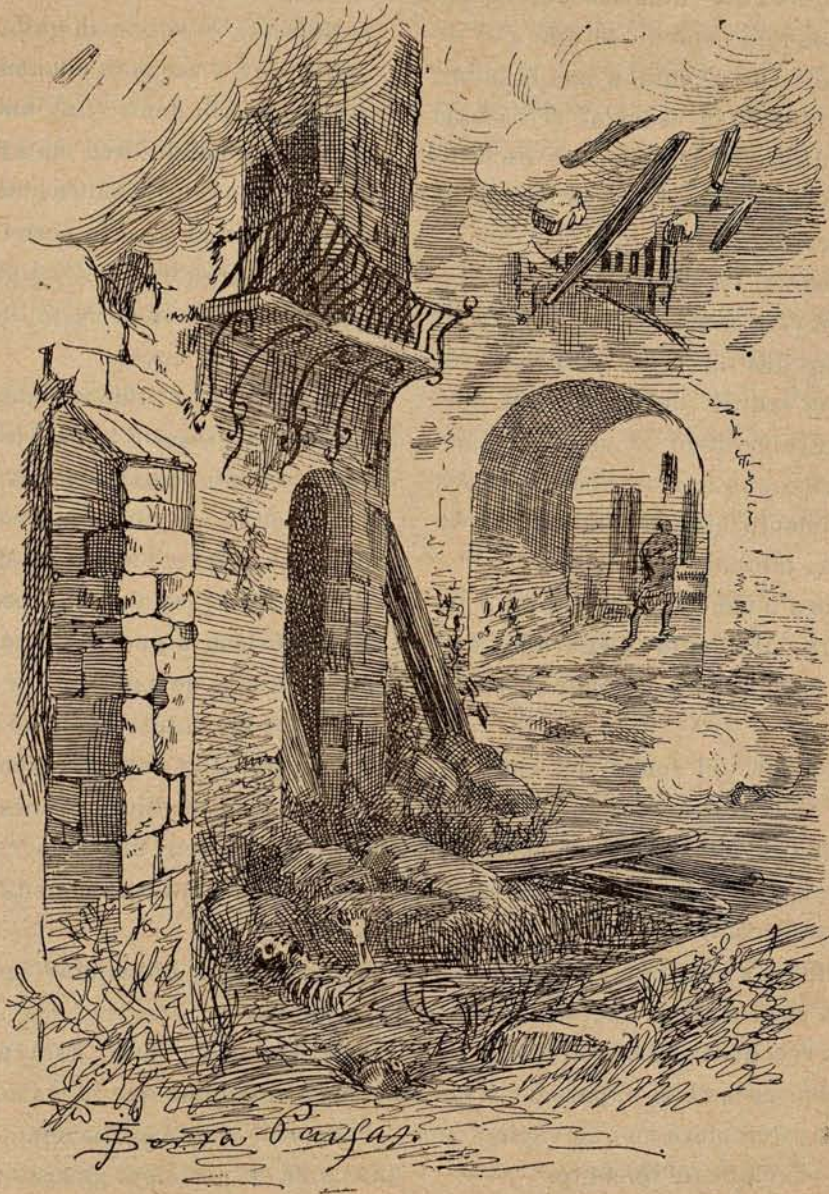
Era terrible el frío que se dejaba sentir, pero no se veía en parte alguna señal de fuego. Muchas casas demostraban estar abandonadas, sin ser viviente que habitara en ellas. Aquí y allá tropezábase con asquerosos huesos de gato ó carroñas de ratón, sin que se viese acudir ningún perro á acabar de consumirlos, pues los perros habían muerto de hambre como sus amos.

Abatido Pedrarias por aquella soledad, quiso ver si encontraría alguien en alguna iglesia, y entró en

la Catedral: no había nadie. La gente evitaba, sin duda, el encontrarse y tener que cruzar alguna palabra.

De vez en cuando acababa de desgajarse algún balcón, viniéndose abajo con estruendo, ó alguna

pared ó algún alero. Todo revelaba la más profunda desolación. Estaban cerradas todas las tiendas. ¿Qué se había de vender? Necesitábase comida, y no la había; leña, y no la había; medicinas, y no las había; ropa, y no la había.



No había calle que no estuviese interceptada por enormes montones de escombros...

La Naturaleza parecía haberse conjurado para favorecer al enemigo: á un verano abrasador sucedía ahora un otoño extraordinariamente lluvioso y frío, como para acabar de sumir en la desesperación y el aniquilamiento á los defensores de Gerona. Había sabido Pedrarias, con espanto, que en lo que iba de noviembre habían fallecido 1,400 soldados y casi todas las familias de humilde y mediana condición. Verdad es que puede decirse que ya no había en Gerona quien pudiese llamarse rico, pues

todo el mundo había consumido enteramente sus recursos.

¡La miseria, el hambre, el desabrigo, la peste, todas las plagas de la guerra, se cernían sobre la ciudad infortunada. Pero aun en tal situación el moribundo gerundense balbuceaba en su agonía: —¡No quiero rendirme!

V

Llegó Pedrarias á la calle de la Platería en medio

de una lluvia torrencial. Aquella calle veíase ahora convertida en un inmundo basurero. Aquí los putrefactos restos de unos cadáveres, allá un profundo charco de aguas corrompidas, lodo hasta las rodillas, baches, hundimientos, escombros, toda suerte de muebles y de extraordinarios objetos en el arroyo; la teja confundida con el dorado pie de una consola, el marco de una ventana con la pobre cartera de cuero del niño de la escuela, el cascajo en confusión con los útiles del trabajo; las esculturas, rotas y deformadas, en consorcio con los cascotes de metralla. La guerra lo nivelaba todo.

Reinaba mortal silencio. La puerta de la casa estaba entornada. No se veía alma viviente. Pero al fijarse Pedrarias en los destrozos del edificio, todo cuarteado; al no oír el ladrido del fiel mastín, custodio de aquel hogar; sobre todo al aspirar aquel horrible olor cadavérico que le mareaba y le daba vértigos, sintió un violento estremecimiento en su pecho. ¿Habría muerto también Antonieta?

Su vacilación no duró mucho. Había que salir de aquella incertidumbre. Habíanle asegurado que Antonieta no había sucumbido. ¿Dónde estaría, pues?

El teniente adelantó hacia el fondo del zaguán, palpitante, y, viendo abierta la puerta del piso bajo, se metió por allí. Nada se oía. Estaban cerrados los balcones y todo yacía en una semioscuridad. De pronto Pedrarias se encontró en un cuarto del que se exhalaba una fetidez horrible, y vió moverse en la dudosa claridad una sombra. Acercóse á ella, y no sin trabajo pudo reconocer á D. Félix, con el semblante desencajado, insensible, al parecer, á las emanaciones de aquel estercolero en que yacía.

—¡Señor D. Félix!—exclamó el teniente.

—¡Hola! ¿Eres tú, Eudaldo?—respondió el anciano.

—No, señor. ¿No me conoce V.? Soy el teniente Pedrarias.

—Eres Eudaldo.

—No.

—Eres Eudaldo. Pero anda: vuélvete en seguida. ¿No has traído aún la gallina? Mira que Siseta se me llevó aquella que teníamos. Ayer se comió también todo el chocolate.

—Señor D. Félix, no crea V. eso.

—Sí, Eudaldo, sí. ¿Y no sabes? Me quieren matar. ¿Oyes?

—No, no, señor. Tranquilícese V. ¿Y Antonieta?

—¿Antonieta? No sé quién es.

—Su hija de V., D. Felix. La que estaba en el convento de Santa Clara.

—¡Ah! ¡Antonieta!

—Sí. ¿Dónde está?

—No está. Se volvió un gato... y huyó.

—No. Voy á ver si la encuentro, D. Felix.

—No, no. Allí dentro hay unos hombres muy malos: esos que me quieren matar. No, no vayas.

Y, diciendo esto, el pobre loco cogió fuertemente á Pedrarias por un brazo; pero el teniente, desesperado, se desprendió de él y siguió avanzando, hasta llegar á una puerta cerrada, detrás de la cual oyó ligero rumor de voces.

El teniente, decidido á todo, resuelto á saltarse la tapa de los sesos á la más leve contrariedad, llamó suavemente, dando con los dedos en la madera.

—¿Quién?—preguntó una voz que Pedrarias reconoció al momento ser la de Marieta.

—¡Marieta! ¡Soy yo! ¿Y Antonieta?

Entreabrióse la puerta y apareció Marieta, con el semblante más de cadáver que de ser viviente.

—¡Señor teniente!—exclamó.—Entre V. en seguida, para que no venga también D. Félix.

No se lo hizo repetir dos veces el enamorado joven, encontrándose en una sala con alcoba, cuya ordinaria oscuridad se aumentaba con lo lluvioso del día.

—¿Está aquí Antonieta?—preguntó el teniente en voz baja.

—Sí. Puede V. verla. Está tan amodorrada que no hay cuidado de que la trastorne su visita.

Pedrarias siguió á Marieta hacia la alcoba. En una cama cubierta por gruesos cobertores yacía una mujer á quien de pronto no podía reconocer Pedrarias. Era Antonieta, amarillenta, descarnada.

—¡Infeliz criatura!—exclamó el teniente con voz embargada por la emoción.

—Tiene V. razón: muy infeliz,—replicó con voz breve Marieta.

—¿Toma algo?

—Nada: no hay medicinas. Ayer pude conseguir que por medio duro me dieran un poco de vinagre, para ponerle unos paños.

—¡Sin caldo ni medicinas!

—Nada. Nada más que agua corrompida, turbia, como la que bebemos todos.

—¿Hace mucho que está enferma?

—Unas tres semanas; pero ya ha dicho el médico que no hay que esperar nada.

—¡Ah! ¡Si yo pudiese darle mi sangre para poder salvarla!

—No hacíamos nada con eso, Sr. Pedrarias. Otra cosa hace falta. Pero no hay que hacerse ilusiones: tendrá el mismo fin que los demás.

—¿Cuántos han muerto?

—Todos, menos ella y D. Félix, aunque ya habrá visto V. cómo ha quedado el pobre.

—Sí. ¡Dios de misericordia!

La enferma experimentó entonces una brusca sacudida, siguiéndola una prolongada convulsión.

—¡Estará V. rendida, Marieta! —exclamó el teniente.—Ya que no puedo hacer nada por ella, permítame V. al menos que la cuidemos juntos. V. podría descansar entretanto.

—No estamos para cumplidos. La verdad es que tengo un dolor de cabeza que no me puedo tenerme. Si puede V. permanecer aquí un rato, me echaría sobre la cama.

—Sí, sí: vaya V. en seguida.

Dirigióse Marieta hacia un gabinete contiguo y quedó á solas el teniente con su infeliz amada.

VI

Al verse el teniente al lado de la enferma subió de punto la consternación que desde un principio experimentara, pues advirtió que la cama carecía de sábanas y que los colchones estaban convertidos en un foco pestilencial. Un olor particular, acre, como frío, revelaba la presencia de *la miseria*. ¡Aquella casa, aquel hogar un tiempo lleno de comodidades y de regalo, estaba convertido ahora en un tugurio infecto!

No había sábanas: habíanse empleado unas para las necesidades de los hospitales, otras para enterrar á los muertos, y otras habían tenido que ser vendidas para procurarse un pedazo de pan de munición. La habitación era glacial: sin duda hacía mucho tiempo no se había encendido lumbre en la casa. Pedrarias buscó en vano algo que revelara la presencia de algún cuidado. Nada vió: ni indicios de medicamentos, ni de comida, ni de luz artificial. Aquello era una nevera inhospitalaria. Sólo

en un rincón había un cántaro de agua, y sobre la mesa de noche algunos vasos de cristal y varias redomas vacías.

Avido de encontrar algo, salió á la huerta, dejando por algunos momentos sola á la enferma. La huerta estaba convertida en un erial. Por el suelo veíanse centenares de cascos de metralla, y dentro del pilón del surtidor una granada entera, cuya mecha se había apagado allí. Los árboles estaban tronchados, las plantas marchitas y podridas, sin que el menor matiz verde revelase la presencia de la vegetación.

De pronto iluminóse el rostro de Pedrarias con señales de vívida alegría: pegado á la tapia, inmóvil, veíase un enorme lagarto. ¡Aquello era un recurso salvador! ¡Quizás la vida de su amada! El lo había comido cuando niño: un plato delicioso, un manjar de rey.

El lagarto estaba siempre inmóvil, á veinte pasos de distancia. Había que apoderarse de él.

No vaciló Pedrarias: había que cazarlo. Acercarse era perderle: había que hacerse dueño de él desde allí mismo.

En una de las piezas por donde había tenido que cruzar había visto las escopetas de los dos hermanos. Con rápido paso fué para allá, sin hacer caso de D. Félix, que le preguntaba nuevamente por aquellos hombres que le querían matar, y en un momento estuvo de nuevo en el jardín.

El lagarto estaba ahora medio oculto en una grieta de la pared: iba á perderle.

Pedrarias apuntó, pudiendo dominar apenas el violento palpitar de su corazón, disparó... y cerró los ojos.

No se atrevía ahora á dar un paso. Miró. ¡El lagarto estaba en tierra, coleando!

Jamás el teniente, en su vida de guerrero, sintióse poseído de más inmenso orgullo que con aquel tan singular triunfo cinagético.

Pedrarias cogió al momento el reptil y, sin decir nada á Marieta, que dormía, fué á la cocina. Buscó carbón, pero en vano. Entonces se fijó en una silla de enea, desfundada, y, quitándola el asiento, echó lumbre con el eslabón y el pedernal, amontonó encima las patas, y pronto brilló una alegre hoguera en el polvoriento hogar.

Sin arredrarse por la falta de todo lo necesario, puso una cazuela al fuego, con agua, arregló el la-

garto como si se tratara de un pescado, y lo hizo hervir. No había allí ni aceite, ni manteca, ni sal, ni condimento alguno. No importaba. Antonieta podría probar algo que la diese siquiera un mínimo alimento. ¡Dios, sin duda, había enviado allí aquel

lagarto salvador! Y el agua hervía, cantaba, borboteaba. ¡Dios de misericordia! ¡Cielo de bondad y de clemencia!

Al cabo de una hora, Pedrarias, convertido decididamente en cocinero y enfermero á la vez, y que



... disparó... y cerró los ojos

durante su permanencia en la cocina había hecho frecuentes visitas al cuarto de Antonieta para darla algún sorbo de agua, llenó una taza con el sabroso caldo, echóle algunas gotas del vinagre que había quedado, y, levantando á su amada por la cabeza, hizola tragar algunas cucharadas del líquido, que la enferma parecía desear con avidez. Y así se consumió toda la taza.

El improvisado cocinero tornó á la cocina, reem-

plazó el líquido que faltaba con una cantidad igual, añadió más leña al fuego, y volvió al lado de la enferma.

VII

¿Se engañaría Pedrarias al creer un tanto reanimada á la pobre enferma? Ello es que el pulso le parecía que latía con más fuerza, un ligero sudor

bañaba su cuerpo, y la joven había abierto algunas veces los ojos. ¡Ah! ¡Si Dios hubiese querido escuchar sus votos!

Y Pedrarias, nada pacato ni devocionario, arrasado por un impulso irresistible, salióse de la alcoba y se arrodilló ante un gran cuadro de San Antonio, colgado de la pared de la sala. Acertaba la obra á tener bastante mérito, como salida del pincel de Montaña, y no resultaba por sus condiciones artísticas indigna de la apasionada súplica que el buen Pedrarias le dirigía al elocuente predicador de Padua. Ello es que aquella fervorosa plegaria pareció tranquilizar en gran manera al teniente, en cuyo corazón resultaban anidarse jamás imaginados sentimientos.

Y así era, en efecto: él, aristócrata, militar, nada mogigato, temerario más que valiente, veíase ahora convertido como en una débil mujer, metida en achaques de cocina, en enfermero digno de militar á las órdenes de San Vicente de Paul, y, para colmo de incongruencias, en cazador... ¡de lagartos! Y, sin embargo, parecíale á Pedrarias que aquello era lo mejor que había hecho en toda su vida.

Terminado ya su ruego, no sin ir acompañado de una luengüísima sarta de *padrenuestros*, volvió el joven á la cabecera de la cama. El semblante de Antonieta aparecía ahora un tanto sonrosado. El sudor era caliente, el pulso lleno.

Pedrarias la hizo beber un sorbo de agua; pero, impaciente por apresurar la *curación* de la enfermedad, salióse para volver al poco rato con otra taza del famoso caldo, que la enferma ingirió con igual avidez que la primera.

Esta vez no había que dudar: el caldo obraba maravillas, ¡aun siendo de lagarto! Antonieta había abierto los ojos, miraba en torno suyo.

Pedrarias, asustado de tal cambio, no se atrevía á mostrarse claramente ante su amada, temiendo los efectos de la emoción que podría causarla. La enferma, con insistencia de cada vez mayor, parecía como que procurase indagar quién era el que estaba allí, hasta que, por fin, con una emoción que le dejó paralizado, oyó decir á la joven con voz entrecortada:

—¡Fernando!

—¡Antonieta! ¡Antonieta!—respondió tímidamente el militar.

—¡Fernando!—repitió de nuevo la enferma.

—No te fatigues, mi bien,—repuso Pedrarias.—Vamos: no hables más.

—Sí. ¿Eres tú, Fernando?

—Sí. He venido á verte. Pero, por Dios, te ruego no hables. Descansa.

Parecía como que se hubiesen agotado las fuerzas de la joven, y volvió á quedar adormecida; pero sin bajar por eso la plenitud del pulso ni enfriarse aquel benéfico sudor.

No podía explicarse Pedrarias lo que experimentaba: sentíase como henchido de alegría el corazón. Antonieta había cambiado á ojos vistas desde su llegada. El la había reanimado, él la salvaría quizás.

Cuando al mediodía fué á llamar á Marieta, por tener que presentarse él en el cuartel de Alemanes, la fiel doncella quedó maravillada, y más aún al enterarse del inesperado alimento conquistado por el teniente.

—¡No os faltará á las dos con que sosteneros mientras yo permanezca en Gerona!—exclamó el teniente al despedirse hasta la noche.

VIII

Como ya se supondrá, el militar había enterado perfectamente á Marieta de todo lo que había hecho y de lo que correspondía hacer, siguiendo la digna sirvienta con la mayor puntualidad las instrucciones del improvisado Galeno.

Por la noche presentóse éste de nuevo en la ruinosa morada que fué de la familia Folch, y, con grande asombro de Marieta, trajo vino, aguardiente, pan y sal, si bien todo en exígua cantidad. Aquello representaba las dos terceras partes de su ración y además un desembolso de diez duros.

No es preciso decir la alegría con que la fiel criada recibió aquella preciosa ofrenda. Con el pan, puesto á tostar y hervido después, hizose un cocimiento para la enferma, añadiéndole un poco de sal; pero no fué esto lo mejor, sino que, saltando el teniente por encima de todas las reglas de la medicina de entonces, hizole tragar á Antonieta dos cucharadas de vino, encargando á Marieta siguiese dándole una cucharada cada dos horas.

—Todo eso que tiene Antonieta es debilidad,—dijo el teniente.—Ya verás cómo se pone buena en cuanto la demos un poquito de ánimo.

Y pareció que los hechos le daban la razón al digno émulo de Hipócrates, pues al día siguiente la enferma parecía en vías de la más franca convalecencia.

Por desgracia el pobre lagarto no daba ya más de sí. Decidióse que Marieta y D. Félix se comiesen la carne por mitad, y Pedrarias prometió que, aunque debiese cortarse un brazo, Antonieta tendría al día siguiente caldo de cualquier cosa, mientras lo cual se la iría sosteniendo con el cocimiento de pan y las cucharadas de vino y aguardiente.

Hombre de palabra demostró ser el teniente al presentarse en casa de Antonieta la mañana del 22. No solamente traía el correspondiente pan, vino y aguardiente, sino ¡una tortuga! Habíala encontrado

entre los escombros de una casa, al lado de un florero de conchas, procedente, sin duda, de alguna familia que, como hay aún algunas, se complacen en tener en casa aquel linaje de *quelonios*. La tortuga fué sacrificada con la mayor alegría, y hubo caldo para dos días más.

Antonieta y Fernando hablaban ya largo y tendido. La convalecencia adelantaba. La joven, sin embargo, parecía no recordar nada de la catástrofe de que había tenido ya noticia; pero Pedrarias se guardaba bien de que pudiese recordarlo, distraiendo su atención con otros asuntos de que le hablaba. Habíala dicho que los franceses se habían marchado ya y que su familia había ido á pasar unos días á Barcelona.



CAPÍTULO XV

La agonía

I

No tiene duda que la nación española en general, y Cataluña en particular, no habían hecho por Gerona lo que los héroes defensores de ésta tenían derecho á esperar. Cierta que ya desde agosto se había tratado de un levantamiento en masa del Principado para acudir en su auxilio, y que los paisanos del Vallés estaban esperando hacía meses la orden de marchar; pero todo se había ido eternizando, quizás en espera de que el Austria venciese á Francia en la guerra que tenían empeñada, y lo único que le constaba á Alvarez era el aviso de Blake de que no contase con que pudiese socorrerle. No negaremos (y ya se ha visto en el trascurso de este libro) las altas dotes que recomendaban al digno general; pero la verdad es que la frialdad de Blake era capaz de helar la sangre al más fogoso. Por supuesto que no era capaz Blake de helársela á Alvarez de Castro; pero de todas partes el oficio de que fuera portador Pedrarias había hecho vacilar á muchos que hasta entonces sólo habían abrigado ideas de resistencia á todo trance.

A últimos de noviembre no se ocultaban ya muchos de manifestar la conveniencia de abandonar á Gerona, salvando los restos del ejército, que aun podían ser de alguna utilidad (nada más que unos 1,500 hombres ya) ahora. ¿Qué se iba á hacer? ¿Cómo defenderse con 1,500 hombres, sin víveres, y poco menos que agotadas las municiones? Pero

¡el que se atreviese á proponérselo al general!

Sea como fuere, la Junta del Principado decidió, por fin, intentar un supremo esfuerzo. Aun se estaba á tiempo, y no erraba en esto, pues lo que es por Alvarez no había de correr prisa la llegada del socorro. Si el enemigo penetraba por las brechas, habría de encontrarse con barricadas, á manera de lo que hicieron en Zaragoza. Solamente que no contaba Alvarez con que no iba á quedarle gente y que iban á faltarle pólvora y balas, á lo cual, sin duda, hubiera respondido que no le faltarian medios, y que, á falta de pólvora, combatiría al enemigo impidiéndole el paso con el incendio.

Como decíamos, pues, reunióse la Junta, á últimos de noviembre, en Manresa: convocó un congreso corregimental, á fin de tratar de la manera de socorrer á Gerona, habiéndose votado por aclamación el levantamiento de 50,000 hombres y una capitación de 2 millones de pesetas, reintegrable. Y esta vez sí que anduvo la cosa de veras, pues á primeros de diciembre habíanse reunido ya en los alrededores de Vich más de 30,000 hombres, que, juntamente con los 13,000 soldados que tenía Blake á sus órdenes, no dejaban de formar un contingente respetable. Todo hacía presagiar un feliz éxito, y nada lo prueba mejor que el hondo cuidado en que entró Angereau al saberlo.

Poco participaría, sin duda, Blake, de la creen-

cia del mariscal francés respecto á la eficacia de aquel ejército de 43,000 hombres, que sin duda alcanzaría en breve á cerca de 70,000. A pesar del entusiasmo con que se iban reuniendo los contingentes corregimentales, *el general Blake resolvió dejar el mando del ejército el día 9 del mismo diciembre, encargándose del mando, interinamente, el marqués de Portago.*

¡Oh asombro! Y ¿por qué hizo esto el general Blake? Pues porque la Junta Central le había inferido el imperdonable desaire de autorizar á la Junta Suprema del principado de Cataluña para el levantamiento de 50,000 hombres del somatén. Blake quería regimientos de línea para emular, sin duda, á los generales de Prusia y de Austria, no somatenes como los del Bruch y de Gerona. Blake era un mili-



D. Mariano Alvarez de Castro

tar que no se dignaba ponerse al frente de aquellas indisciplinadas huestes acaudilladas en Cataluña por Clarós, Milans del Bosch y Manso; en Navarra por los Minas; en Castilla por el Empecinado, don Julián Sánchez y el cura Merino; en Aragón por Renovales y Villacampa; en Galicia por Cachamuiña, Tenreiro y el abad de Valladares; en Asturias por Porlier. D. Joaquín Blake estaba enfadado con la Junta Central por su debilidad en permitir que los somatenes siguiesen derrotando á los franceses, cuando él no había podido derrotarles nunca, y por eso abandonó el mando, sin esperar siquiera se le admitiese la renuncia; proceder que le valió ser destinado de cuartel á Málaga, donde podía ganar grandes batallas en su despacho, al frente de centenares de regimientos de línea igua-

litos que aquellos que habían figurado en Austerlitz, Jena, Friedland y Eylau.

Conócese que las *barretinas* le atacaban los nervios al bueno del héroe de María, anheloso de uniformar con buenos *schackós* y gorros de pelo á los que peleaban bajo sus superiores órdenes. No se había hecho cargo el pobre Blake que no necesitábamos aquí generales del antiguo régimen, sino jefes á estilo de los de la Revolución francesa.

II

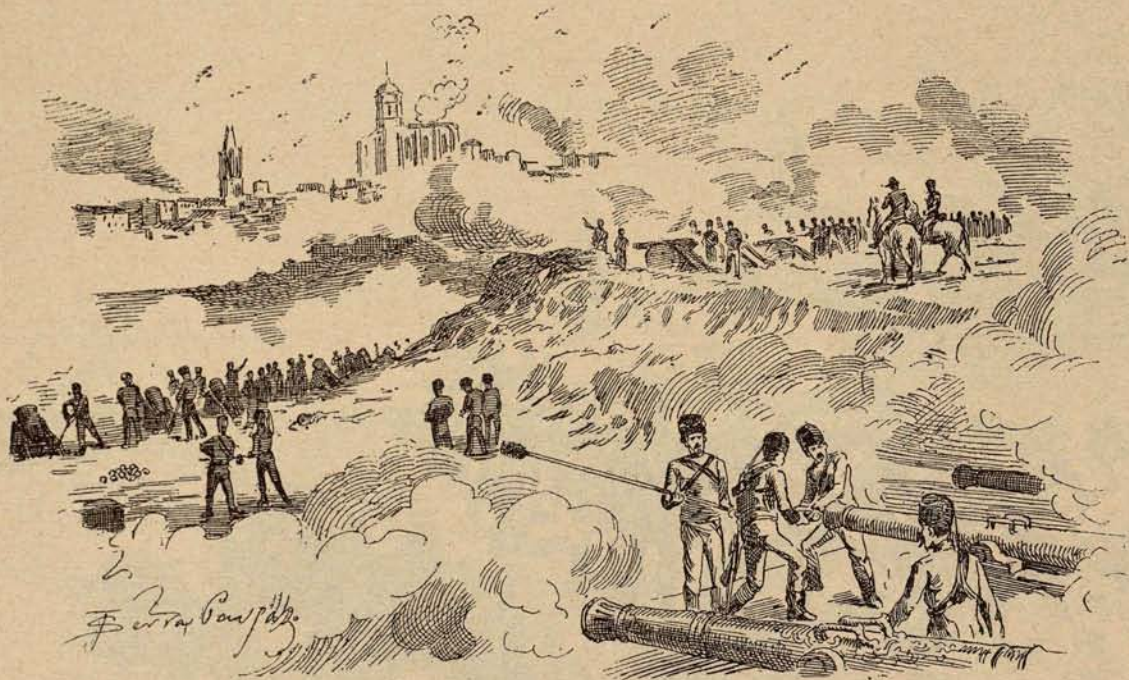
Si á Blake no le parecía bien que se levantasen 40,000 hombres del somatén catalán, al mariscal Augereau le parecía aún mucho peor; y, así, dejándose de permanecer en la pasividad que hasta en-

tonces, resolvió acabar á toda costa antes de que los catalanes pudiesen atacarle, y quizás coparle, á pesar de no contar con la sabia dirección del ilustre cuanto desgraciado héroe de tantas batallas perdidas.

Ya en la noche del 2 al 3 de diciembre comenzó el duque de Castiglione á construir dos nuevas baterías, una á orillas del Ter para batir la brecha de por encima de la puerta de Francia, y otra en el arrabal de Rulla contra la puerta y torre del Car-

men. Al día siguiente nueva batería al pie de Montelibi contra los baluartes de San Francisco y Santa Clara y el barrio del Mercadal. El fuego era vivo, desesperado; pero la plaza no se mostraba menos vigorosa en la réplica.

Pero ¿cómo podía contestar la plaza? ¿Qué misterio era aquel? ¿Había aún vivos dentro de aquel cementerio? ¿No se habían muerto aún todos del hambre y de las mil epidemias que aniquilaban la población? ¿De quiénes eran los brazos que pren-



... la plaza no se mostraba menos vigorosa en la réplica

dian fuego á los cañones? ¿Quiénes disparaban aquellas descargas de fusilería? ¿Se daba allí antes de horas el dogma de la resurrección? ¿Quiénes eran aquellos seres fantásticos que estaban resistiendo aquel sitio empezado hacía SIETE MESES?

No dieron ningún resultado, pues, los ataques del 4 y 5 de diciembre. Habíanse abierto nuevas brechas y ensanchado las antiguas; pero nadie tenía ganas de probar un nuevo asalto.

Más afortunado fué el duque de Castiglione la noche del 6 al 7, en que logró apoderarse del fuerte de la Ciudad y de las casas de Gironella, bien que siendo rechazadas sus columnas del fuerte de la Reina Ana y del hospital de Sarriá. La pérdida del fuerte de la Ciudad y de las casas de Gironella, en cuyos puntos se apresuraron á atrincherarse los franceses, era un golpe funestísimo, pues quedaba

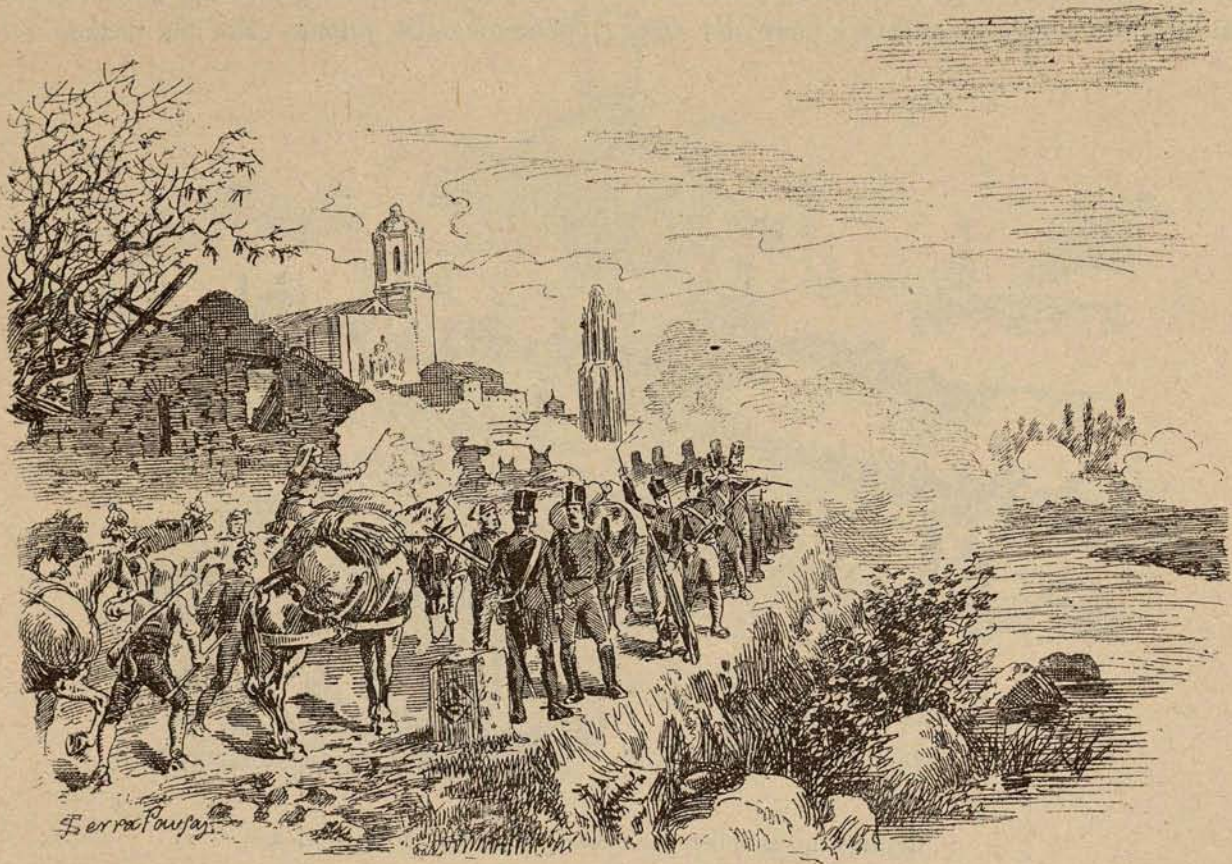
cortada la comunicación entre la plaza y los fuertecitos que aún conservábamos, y que estaban á punto de carecer absolutamente de víveres, pues sólo les quedaba lo más preciso para sostenerse dos días.

No era decoroso, sin embargo, dejar abandonados á aquellos valientes. Alvarez yacía postrado en cama desde el día 4, atacado del tifus, pero continuaba dando órdenes y dirigiéndolo todo. En vista, pues, de la situación en que quedaban los defensores de los castillos, mandó que se hiciera una salida para llevarles trigo para tres días, única cantidad que fué posible reunir. La operación se llevó á cabo con extraordinaria bizarría, y el convoy llegó entero á su destino; pero aquella misma tarde (la del 7 de diciembre), el francés, lanzando contra los fuertecitos del Cabildo y del Calvario fuertes columnas de

infantería, apoyadas con numerosas piezas, logró apoderarse de aquellas desmoronadas fortificaciones, al mismo tiempo que la batería de Montelíbí rompió un terrible fuego contra el arrabal del Carmen, haciendo imposible el tránsito por el puente de piedra.

Todos á una se preguntaban que en qué pensaba Blake, que no se presentaba á atacar al francés.

¡Blaca may ataca! Esta era la única respuesta que se podía dar. Mientras Alvarez de Castro; mientras los dignos brigadieres, jefes, oficiales y soldados á sus órdenes; mientras el pueblo armado de Gerona pugnanaban por sostenerse una semana, un día, una hora más, el héroe de tantas desgraciadas batallas se aprestaba á hacer dejación del mando por no creer digno de sus sublimes talentos el ejército de patrio-



... para llevarles trigo para tres días...

tas, instruidos, valientes, denodados, que le pedían les llevase al combate. ¡Ah, si el señor D. Joaquín Blake hubiese cumplido con su deber! ¡El ánimo se pierde en las más peligrosas conjeturas al pensar qué hubiera sido de Blake si cuando se marchaba á Málaga hubiera caído en poder de alguno de los jefes de Gerona! Por lo demás, de la disciplina de los tercios catalanes responde el hecho de que cuando tomó las de Villadiego no le fusilaron.

¡Qué desventurado país el nuestro, entregado siempre al capricho ó á la torpeza de cuatro figurones!

III

El día 8 la situación de Gerona era insostenible.

Aparte de la pérdida de todos los fuertes exteriores, menos los del Condestable, Reina Ana y Capuchinos, que seguían resistiendo, no había la menor esperanza de poder aguantar ni siquiera un día más. En Gerona no había ya ni un grano de trigo, ni casi un grano de pólvora. Tenía abiertas la ciudad siete enormes brechas y el resto de la muralla estaba todo cuarteado. La guarnición había quedado reducida á 1,100 hombres, en su mayoría convalecientes, todos famélicos, extenuados, sosteniéndose en pie por un milagro de la voluntad. Álvarez, gravísimo, era presa de delirio y no podía dictar ninguna disposición. Sólo acertaba á decir:—*No quiero rendirme.* El enemigo envió un parlamentario ofreciendo capitulación. Fué rechazado.

El día 9 la enfermedad de Alvarez tomó tan alarmantes caracteres que fué preciso administrarle los últimos sacramentos, y, en un intervalo lúcido, hizo dejación del mando en el teniente de rey brigadier D. Julián de Bolívar. Aquel día fué espantoso el fuego. Caía sobre Gerona una tempestad de hierro. No bastando las baterías antiguas para arrasarlo todo, construyéronse otras tres, además del fuego que se hacía desde los fuertes últimamente perdidos. El bombardeo era furioso, la batería infernal.

Frente á los baluartes del Mercadal había emplazado el enemigo cuatro obuses, que acababan de completar el círculo de destrucción. Brechas, edificios públicos, casas, todo servía de blanco. A durar aquello, Gerona iba á quedar enterrada bajo una capa de metralla.

Los franceses, notando que la plaza respondía débilmente, enviaron un parlamentario al fuerte del Condestable; pero, como de costumbre, fué despedido sin querérsele oír.



CAPÍTULO XVI

E cade come corpo morto cade...

I

EL día 10 continuó el fuego del sitiador con igual barbarie. No había dentro soldados, ni artilleros, ni pólvora, ni nada: no había nada más que heroísmo. Pero, rendirse, ¡nunca! ¡El pueblo de Gerona no se rendiría jamás, jamás, jamás! Seguía siempre vigente el bando de Álvarez: «Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.» Si venía Blake (que había tomado ya el portante), bueno; si no venía, ya había designado Álvarez de Castro el punto de retirada: ¡la eternidad! Pero Gerona no se rendiría jamás, jamás, jamás.

El brigadier Bolivar, sin embargo, pensando de otra manera, esto es, pensando como un mortal, no como un sobrehumano espíritu, veía la necesidad imprescindible, por humanidad, por caridad evangélica, de acabar aquella horrible serie de titánicas torturas. A estar Gerona habitada por gente útil en vez de tener por moradores á una especie de espectros; á contar Gerona con municiones y con algunos viveres, no había duda que la resistencia habría de ser indefinida y que, terminada la guerra de las murallas, había de empezar la guerra de las calles; pero sucedía absolutamente lo contrario: no había nada para continuar defendiéndose, como no se hiciese uso de las piedras y no pereciese Gerona entre las llamas, suicida. Bolivar, pues, convocó á la Junta Corregimental y llamó al mismo tiempo á jun-

ta de jefes militares, enterándoles de que acababa de recibir un oficio de la Junta Suprema de Cataluña manifestándole que, á consecuencia de haber abandonado su puesto el general Blake, el esperado socorro habría de tardar algunos días en ponerse en marcha. ¡Se había lucido el héroe de María! (1)

La Junta Corregimental decidió no capitular, y lo mismo la Junta Militar. En cuanto al pueblo, estalló en terribles amenazas contra el que se atreviese á salir de la plaza para parlamentar con Augereau. Al mediodía, sin embargo, comenzaron á ceder algo los congregados, ante la expectativa de poder salir libres las tropas, y se acordó que el bizarrísimo brigadier Fournás fuese á avistarse con el duque de Castiglione. El encargo era dificultosísimo. El pueblo, al sospechar de lo que se trataba, estalló en ira, y, para poder salir de la plaza, tuvo que pretextar Fournás que no era cuestión de verse con el francés, sino de ir á enterarse sencillamente en el fuerte del Condestable sobre lo que había dicho el parlamentario que se había presentado allí la tarde anterior. No pareció satisfacer del todo la explicación; pero, en fin, después de mucho hablar y de mucho asegurar, consiguió salir de la plaza el bri-

(1) «Esta novedad (la dejación del mando) influyó muy mucho en los asuntos militares,» dice un testigo presencial.

gadier, por la puerta del Carmen, acompañado de un tambor.

Dirigióse Fournás hacia el arrabal de Rulla, en cuyas ruinas tenían establecidas sus avanzadas los franceses, y mandó al tambor que batiese el parche en son de parlamento, con lo cual cesó el fuego por una y otra parte. Pidió ver á Augereau y se le dijo que estaba en su cuartel general de Fornells, donde le acompañaron.

El mariscal duque de Castiglione estaba de bastante mal humor. Lo de Gerona, en que tan pobre papel estaba representando, haría olvidar indudablemente sus hazañas de Italia, le desconceptuaría, le valdría el enojo del emperador. ¡Haber ido á relevar á Gouvion Saint-Cyr para limitarse á estarse de plantón, bloqueando una plaza calificada de mala por Marescot! ¡No le harían príncipe de Gerona ciertamente!

Ahora, pues, que podía echárselas de valiente, quiso el duque de Castiglione echar el resto. Ciertamente que Augereau no recibió mal á Fournás, pues en el fondo no pasaba de ser un atolondrado, un húsar más distinguido por su hercúleo aspecto y su habilidad como espadachín que no por su profundo *pesquis*; pero, agarrando la ocasión por los cabellos, quiso el antiguo maestro de esgrima echárselas de vencedor orgulloso, y contestó á Fournás que sólo le ofrecía una hora de tiempo para arreglar la capitulación.

El brigadier regresó á la plaza, y, como se le increpase duramente, se apresuró á decir que no había entablado ninguna negociación con el francés. Entonces el brigadier Bolivar reunió en junta al obispo, Ayuntamiento, prohombres de los gremios y demás notables, y expuso la situación de Gerona, sin combatientes, sin municiones, sin víveres y sólo con enfermos y moribundos, y, para colmo de desdichas, con la mayoría de los cañones desfogonados por el incesante disparo.

Pero ¡capitular! ¿Quién se atrevía á capitular?

Acordóse, en suma, que Fournás volviese á Fornells y pidiese un armisticio de cuatro días, por si en el entretanto llegaban los socorros dispuestos por la Junta Suprema de Cataluña. Al poco tiempo, rechazada la proposición, regresó Fournás acompañado del general, jefe de estado mayor del 7.º cuerpo, Rey (éste con los ojos vendados), y personáronse ambos en las Casas Consistoriales, donde estaba la

Junta reunida en sesión permanente. Una vez allí, manifestó Rey, en nombre del duque de Castiglione, que el mariscal concedía tan solamente dos horas de tiempo para capitular, y que de lo contrario acabaría de arrasar á Gerona; pero que no les cupiese duda alguna á los señores allí presentes que, en caso de acceder á la capitulación, el mariscal haría respetar severamente las propiedades, conservaría la religión y olvidaría por completo las ofensas recibidas: todo esto dicho en el tono más respetuoso y conciliador.

Borrascosa fué la deliberación; pero ¿qué podía hacer Gerona? Porque la verdad es que Gerona había dejado de existir. Quienes capitulaban eran aquellos pocos que aun se sostenían en pie, aunque hambrientos, inermes y con un pie en la sepultura. Acabóse, pues, por acordar que Fournás volviese á Fornells y extendiese las condiciones.

Salieron el brigadier y Rey, poco menos que furtivamente, á las siete de la noche, y regresaron algunas horas después con la capitulación redactada por el mariscal y por Fournás, comenzando desde luego graves dificultades. Rey quería que la Junta militar suscribiese también el documento; pero no era posible esto, pues los oficiales habían manifestado enérgicamente que estaban resueltos á no quedar prisioneros de guerra, abriéndose paso con la espada antes que someterse á tal situación. Parecía que no podía tener solución el conflicto; pero Rey prometió solemnemente, y lo aprobó después el mariscal, que dichos oficiales serían canjeados al punto con los oficiales franceses prisioneros que se encontraban en el depósito de las Baleares. Con esto se calmó un tanto la excitación. Añadióse, además, á lo ya tratado, que los eclesiásticos pudiesen salir libremente de Gerona, y lo mismo los empleados del Gobierno político (administración y sanidad militar). De este modo resultaban tan honrosas las condiciones que la cosa aparecía verdaderamente peregrina.

Hé aquí ahora las bases de la capitulación: 1.ª La guarnición saldría con todos los honores de la guerra, entrando en Francia prisionera. 2.ª Respeto á los habitantes. 3.ª Respeto y protección á la religión católica. 4.ª Entrega de las puertas del Socorro y de Areny á los franceses á las ocho de la mañana del día siguiente, 11 de diciembre. 5.ª Salida de la guarnición á la misma hora, arma al brazo, dejan-

do el armamento en el glacis. 6.^a Entrega documentada de las oficinas y almacenes militares.

Notas adicionales: La guarnición francesa deberá estar acuartelada y no alojada. Los oficiales pagarán su posada en iguales condiciones que la pagaban los españoles.

Todos los papeles de gobierno quedarán archivados en el archivo del Ayuntamiento.

Respeto á los vocales y empleados de las juntas, en sus personas, propiedades y haberes.

Todo vecino que quiera trasladarse á otro punto, con equipajes y haberes, será dueño de hacerlo,



A las ocho, y al son de llamada...

igualmente que los forasteros residentes en la plaza durante el sitio.

II

Nunca se había conocido en Gerona un dolor tan hondo como al cundir la voz de que estaba firmada la capitulación. Los voluntarios de la Cruzada y cuantos tenían armas las rompieron con rabia, las

quemaron ó bien las arrojaron al Oñá, crispadas las manos y rechinando los dientes. ¡Al fin el francés había de pisar aquellas calles! ¡Les habían tenido abandonados siete meses y medio! ¡Les habían dejado que se muriesen de hambre, que se quedasen sin pólvora y sin balas! ¿Dónde estaba *Blaca que may ataca?* ¿Qué era de los somatenes? ¡Ah! ¡Si no les faltasen ya cartuchos se vería si entraba el francés á pesar de la capitulación de Bolívar y

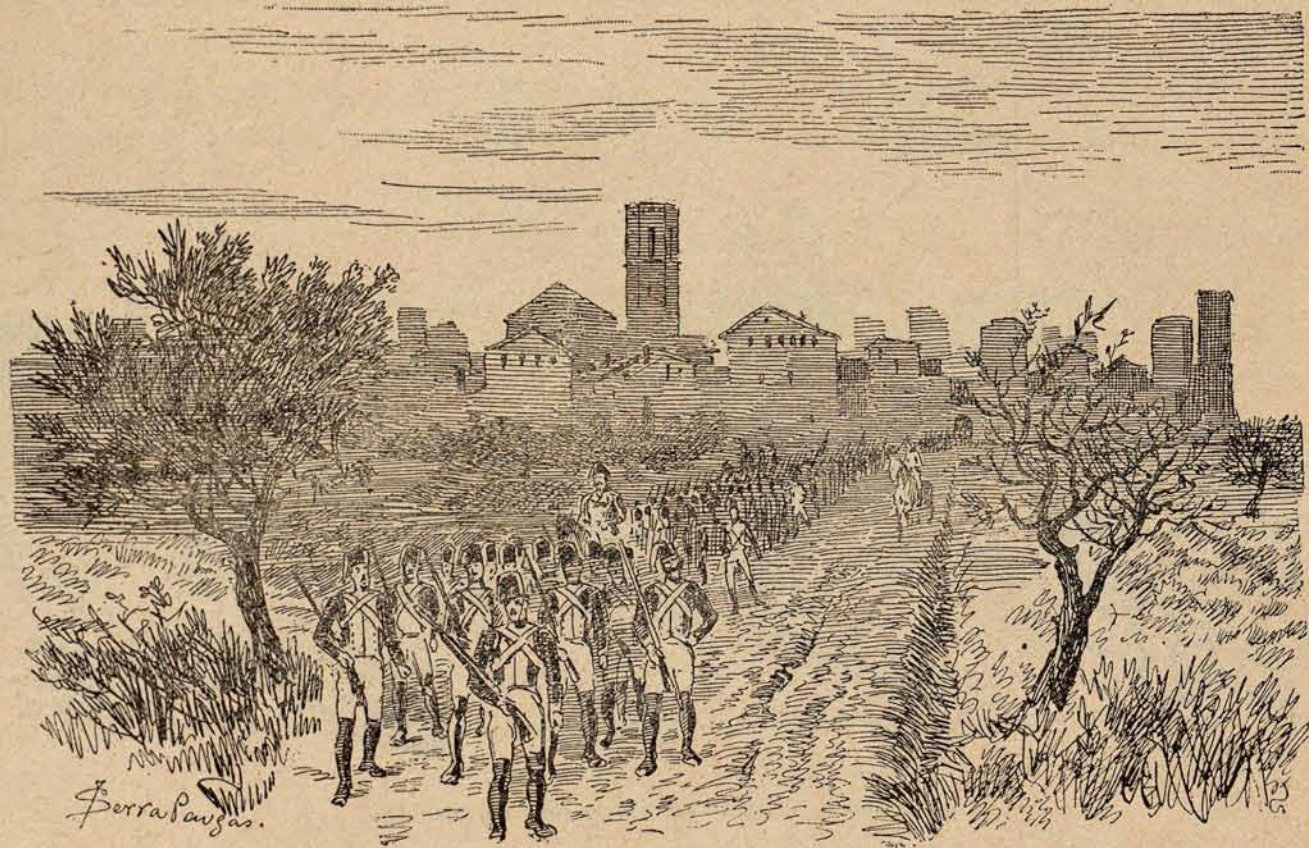
Fournás! ¡Siquiera hubiese estado allí D. Enrique O'Donnell!

El teniente Pedrarias, con otros muchos oficiales, estaban resueltos á no entregarse prisioneros. ¿Cómo saldrían? De cualquier modo: disfrazados, sin disfrazar, por cualquier puerta, importando poco que les fusilasen. Antes morir que quedar prisioneros del francés.

Fernando, pues, dispuesto ya todo para la marcha, fué, á las tres de la madrugada, con un frío

cruel, á despedirse de Antonieta, ya en plena convalecencia. La joven no se opuso lo más mínimo á la resolución de su amante, antes bien pareció acogerla con alegría. La joven, más maliciosa que otras, presumía que lo del canje de prisioneros no se realizaría, como, en efecto, no se realizó.

A las tres y media, Fernando Pedrarias, embozado en una manta, saltaba por la brecha de Santa Lucía y tomaba el camino de La Bisbal para dirigirse al castillo de Hostalrich, heroicamente defen-



... salía por la puerta de Areny la guarnición española, á tambor batiente, banderas desplegadas y armas al hombro

dido por su valiente gobernador el teniente coronel de Ilberia D. Julián de Estrada.

A las ocho, y al son de llamada, estaban formados en la plaza de las Coles los supervivientes de la guarnición de Gerona, los destrozados restos de los regimientos de Ultonia, Borbón y Baza, con algunos artilleros y dragones, aquellos 1,100 soldados que eran los únicos con que podía contarse para la defensa de la plaza; pero como más de 500 enfermos quisieron seguirles á toda costa, saliendo de los hospitales, y se les reunieron también las guarniciones del Condestable, Reina Ana y Capuchinos, el número ascendió á unos 3,000, quedando cerca de 1,000 enfermos y heridos en los hospitales.

A las ocho y media entraban los franceses por las

puertas de Areny y del Socorro, poniendo en seguida en ellas fuertes guardias, colocando seis centinelas en los puntos en que había dos, y enfilando en seguida desde la plaza, situada enfrente de ambas puertas, dos cañones con la mecha encendida.

Poco después salía por la puerta de Areny la guarnición española, á tambor batiente, banderas desplegadas y armas al hombro.

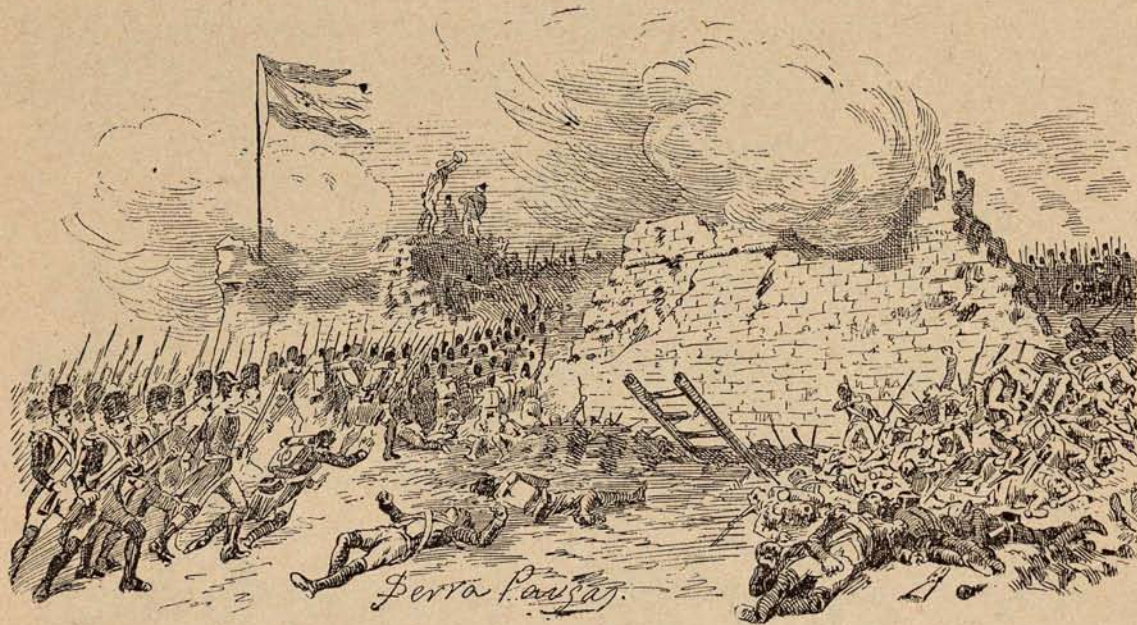
Era fría y nebulosa la mañana, impidiendo la niebla distinguir con claridad los contornos.

Un religioso respeto se apoderó de los franceses á la vista de aquella columna de héroes, harapientos, sucios, desgredados, lívidos, minados por la fiebre y sostenidos tan solamente por su indómita entereza. Salían los españoles alta la frente, casi

insolente la mirada, con la sonrisa del desdén en los labios, negligente el porte. ¿Qué habían hecho aquellos que les miraban? Nada: esperar á que se les acabase la pólvora, se les desfogonasen los cañones, se acabasen las ratas y no se encontrase un grano de trigo. Un poco más, y para atreverse á entrar esperaban á que no quedase nadie vivo.

Las tropas españolas desfilaban por delante de Augereau, mirando con curiosidad no exenta de desprecio al renombrado mariscal. El duque de Castiglione, por su parte, pálido, muy contrariado,

miraba pasar ante sus ojos á aquellas hileras de desarrapados, de macilentos seres que tanto le habían humillado; porque, en suma, el duque de Castiglione resultaba moralmente vencido. No se había apoderado de una plaza, sino de las ruinas de una plaza, ni había hecho prisionero á un ejército, sino á una cohorte de fantasmas y de enfermos, cuya mayor parte iba á morir en breve. ¡Gran conquista, por cierto! Y el brillante guerrero de Castiglione y el heroico sacrificador de Eylau veíase virtualmente desconceptuado por aquella columna andrajosa y



¡Nosotros, sí, os vencimos en el *gran día*!

desfallecida; él, que había triunfado de Wurmser y de Beuningseu; él, que se había contado hasta entonces por el primero de los *generales italianos*.

Y mientras el mariscal, cabizbajo, silencioso, ardiendo en odio contra Alvarez de Castro, que de tal manera le había humillado, miraba desfilas ante sus ojos la columna espectral, los soldados de Gerona le miraban con aire de desafío y parecían decirle con los ojos:—¡Has vencido con tu aliado el hambre! ¡No nos has vencido con la espada! ¡Nosotros, sí, os vencimos en el *gran día*! ¡Si no hubiese estado enfermo Alvarez de Castro tenías aún para rato! ¡No es para envidiado el papel que estás haciendo!

Poco después reinaba en las afueras de Gerona el más profundo silencio: la columna prisionera había desfilado en cinco minutos.

Era muy poco aquello, pero no había más.

III

Muy asombrados quedaron los franceses al entrar en Gerona. ¿Cómo habían podido vivir allí los que estaban dentro? ¿Por qué milagro habían podido sostenerse en aquel pudridero sublime, en aquellas ruinas desoladas, donde parecían ejercer absoluto imperio el hambre, la peste y el desvalimiento?

Gerona era un cementerio de cadáveres insepultos, un muladar inhabitable. Registrábase todo y no se encontraba ni un mísero real. D. Carlos Berañendi había entregado, con las más minuciosas formalidades, la caja de la pagaduría de su cargo, y resultaba una existencia de 572 reales, 10 maravedises, ítem más 25 vales reales.

Los oficiales de artillería fueron á encargarse de los cañones: estaban desfogonados.

Viveres. Pero ¿había habido nunca viveres en Gerona?

Algunos oficiales fuéronse á la colegiata de San Félix por haber oído decir que había grandes tesoros enterrados junto al cadáver de San Narciso. Y no les habían engañado; pero los tesoros ya no estaban: todas las alhajas habían sido fundidas para la defensa de la plaza.

Bien, bien se había portado Gerona, en efecto. En los siete meses y días que había durado el sitio, abandonado después del frustrado asalto general para convertirse en bloqueo, habían perecido 6,000 soldados y 4,000 paisanos. Verdad es que habían perecido también 20,000 entre franceses, italianos, bávaros y westfalianos. Los sitiadores habían sido 35,000, sin contar los que llegaron últimamente con el duque de Castiglione.

Los franceses habían lanzado contra Gerona 11,910 bombas, 7,998 granadas y 80,000 balas, disparadas desde más de 40 baterías.

La dirección de la defensa había sido no solamente admirablemente heroica, sino también sabia, peritísima, descubriendo en Alvarez de Castro á uno de nuestros más insignes capitanes. *Sin el hambre y sin la falta de municiones*, como hace notar el general Foy, que fué lo que determinó su caída, el sitio de Gerona no hubiera tenido término. Agreguemos á esto que quizás hubiera podido salvarse

aún á no haber abandonado Blake su puesto cuando estaba ya para salir el ejército destinado á atacar á Augereau para obligarle á levantar el sitio.

Al llegar á noticia de la Junta Central la nueva de la caída de Gerona, decretó «que se daría á don Mariano Alvarez, si estaba vivo, una recompensa propia de sus sobresalientes servicios, y que, si por desgracia hubiera muerto, se tributarían á su memoria y se darían á su familia los honores y premios debidos á su inclita constancia y heroico patriotismo.»

Además de la gran fortaleza de Alvarez y de los excelentes jefes y oficiales á sus órdenes, contribuyó en gran manera á la admirable actitud de Gerona el temple de sus nobles hijos y la influencia de los heroicos frailes, que dieron admirable ejemplo de españolismo, siendo los primeros en mantener encendida la sagrada llama del amor á la patria. El clero regular y secular fué en aquella época un gran elemento de defensa, hay que reconocer esto, y Palafox y Alvarez de Castro debieronle en bastante parte la suerte de poder contar con un pueblo ciegamente identificado con ellos, como imbuido por los frailes y los curas en el deber de defender como españoles y como católicos el sagrado suelo de la patria. Los franceses sabían esto, y de ahí la saña con que perseguían á los religiosos.



CAPÍTULO XVII

Martirio y asesinato del general D. Mariano Álvarez de Castro

I

AUGEREAU estaba desesperado. ¿Cómo iba á darle cuenta al emperador del estado en que se encontraba la plaza? ¿Cómo decirle que durante DOS MESES (desde el 12 de octubre) había tenido que permanecer ante aquella plaza sin víveres, ni municiones, ni casi defensores válidos? Se comprende, según Carnot, que un general tarde *cuarenta días* en apoderarse de la mejor plaza fuerte. Lannes había acabado lo de Zaragoza en treinta y cuatro días, después de un mes escaso de sitio, mientras que él, Augereau, había debido tardar sesenta después de *cinco meses* de asedio. ¿Era esta la tradición de los émulos de Vauban? Estaba perdido. El emperador no se lo perdonaría nunca.

Y el duque de Castiglione, el ex republicano, el futuro tráfuga borbónico, el innoble arrepentido de los Cien Días, ansiaba vengarse, y pensaba con deleite en hacerles expiar bien caramente á Alvarez de Castro y á los malditos frailes de Gerona la culpa de su desairada situación. Habíale enviado Napoleón á Gerona para que se desquitara de su desgraciada suerte en la batalla de Eylau, para que eclipsara con su triunfo á Gouvion Saint-Cyr, y en vez de esto iba á aparecer como un desdichado soldadote que no había sabido tomar una mala plaza fuerte defendida por un oscuro brigadier español, por un sexagenario. Y el emperador no se haría

cargo de nada, no creería en lo que le contaría, acostumbrado como estaba á vencer á los Blakes y Belvederes.

En espera de si Alvarez se moría, pues estaba desahuciado, comenzó Augereau por perseguir á los frailes. Habíase convenido en la capitulación que los eclesiásticos pudiesen salir libremente de Gerona. Pues bien: á los pocos días comunicóse á todos los frailes la orden de quedar arrestados, y á la media noche siguiente viéronse sorprendidos en sus lechos y conducidos á San Francisco de Asís, en cuyas puertas se colocaron algunos cañones con las mechas encendidas.

Al rayar el alba, en medio de un frío glacial y con un tiempo horrible, fueron sacados de Gerona para ser conducidos prisioneros á Francia, con buena escolta, siendo tratados con la inhumanidad más bárbara, «encerrándoles en sótanos, calabozos, cárceles públicas, establos; negando á muchos de los infelices que estaban gravemente enfermos, aunque hubiesen sido oleados y estuviesen ya á las puertas de la muerte, el quedarse en alguno de los hospitales, y precisándolos á exhalar el último suspiro en los carros y carruajes al lado de sus hermanos.

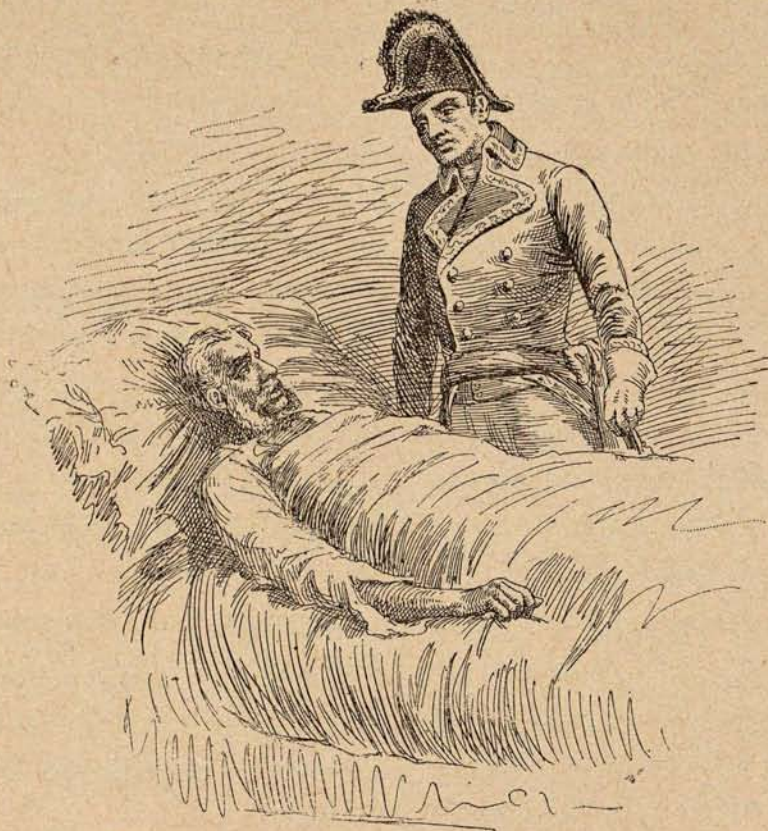
»Así los condujeron en lo más crudo del invierno, entre hielos y nieves, á los Altos Alpes, y de allí á la Lorena, después de ocho meses, teniéndoles

siempre presos, así en una como en otra parte, y reducidos al triste prest de soldado no combatiente.»

Arreglados así los frailes, dispúsose Augereau sentarle las costuras á Álvarez, que decididamente no había querido morir.

II

Al cerrarse la capitulación no podía ser más crítica la situación de Álvarez: estaba prisionero, enfermo, y apenas si poseía veinte duros por todo capital. Encontrándose algo mejor el día 12, pensó



Encendióse en ira el rostro de Alvarez de Castro...

Álvarez pedirle á Augereau (sin recordar lo que había sucedido con Palafox) le permitiese ir á pasar la convalecencia en algún pueblo de la costa; y como para ello carecía de recursos, algunos buenos amigos del ilustre general, entre ellos el canónigo D. Vicente Jiménez, que idolatraba en él, le proporcionaron unos 6 ú 8,000 reales con que atender á los gastos de la curación y demás cuidados que le serían menester.

Puesta en conocimiento del poco afortunado mariscal la petición de Álvarez, pareció de pronto que accedía á ella; pero dijo luego:

—No: á la costa no. Irá á Figueras, donde podrá restablecerse.

Resignóse Álvarez á aquella resolución del antiguo maestro de esgrima; pero, con viva sorpresa suya, enteróse de que por orden de Augereau debían dejar de acompañarle sus ayudantes y familiares, excepto el edecán de su mayor confianza D. Francisco Satué. Además, se le puso un centinela

en la puerta de su casa (derruida toda ella menos la habitación que había ocupado durante todo el sitio), y en su mismo cuarto... ¡un gendarme! Con eso, orden absoluta de recibir ninguna visita, fuera de los médicos, únicos que podían entrar en el aposento. Añadamos, sin embargo, que Augereau tuvo un rasgo que le coloca al nivel de los más generosos corazones: le envió á Álvarez un barrilito de vino, un cuarto de carnero y dos aves muertas.

Llegó en esto el día 18, y, deseoso Álvarez de salir para su destino, mandó pedir al general Verdier, gobernador de Gerona, algunos caballos de la artillería para hacer el viaje á Figueras en el coche del obispo; pero no se le contestó. Impaciente se hallaba el general, postrado en el lecho y harto decaído, esperando el momento en que le diese la gana á Augereau de que saliese para Figueras, cuando á eso de las diez de la noche del 21 de diciembre se presentaron en su cuarto, con la mayor desatención y grosería, una turba de franceses que

resultaron ser el corregidor gabacho y una porción de edecanes y gendarmes, atreviéndose á decirle aquél, en un lenguaje soez é indigno, que, de orden de S. M. el rey el señor D. Cosé, debía ir *prisionero á Francia*.

Encendióse en ira el rostro de Álvarez de Castro ante el proceder de aquellos malos caballeros y la falta de palabra de Augereau (1), é, incorporándose en su lecho, exclamó:

—¡Son Vds. unos impostores! Todas estas son estratagemas de que se valen los franceses para encubrir su perfidia y mortificar é incomodar al que no han podido hacerle bajar su espada. Me llevarán como prisionero porque la suerte lo ha dispuesto así.

Nada respondieron los sayones de Augereau y de Verdier, sino que, pidiendo se les condujese donde tenía el cofre el general, registráronlo indecorosamente, apoderándose de dos sables suyos, de su espada y del sable del ayudante Satué (2). Una hora después de haberse marchado los esbirros del de Castiglione, Alvarez de Castro era sacado de la cama y metido en un cupé escoltado por gendarmes, sin más compañía que la de su fidelísimo ayudante. Al llegar á Sarriá hizose un alto de una hora, y fueron incorporados al convoy, á pie y entre bayonetas, multitud de frailes de los que en Gerona habían sido arrebatados de sus celdas faltando á la capitulación. Por fin, á las tres de la tarde del día siguiente (22 de diciembre), llegaron todos á Figueras.

Nada más indecente que el trato de que fueron objeto el inclito prisionero y los pobres religiosos. No se tuvo compasión de Álvarez, pues, sin atender á su graduación, se le instaló en un aposento amueblado miserablemente; pero no era esto lo peor, sino que se le privó de todo auxilio facultativo, á pesar de su grave estado. El gobernador del castillo, general Guillot, y los oficiales franceses de la fortaleza, sin respeto al valor heroico y al talento extraordinario desplegado por Álvarez, molíanle con

impertinentes preguntas, con conatos de insolente chiste, tocante á su proceder.

—Si Vds. son oficiales de honor,—respondía invariablemente Alvarez,—hubieran hecho lo mismo en mi lugar.

Con esto se callaban los *loustics*, corridos al ver que no tenían grosera cuchufleta con que contestar á tan sencillas palabras, hasta que, indignado un oficial de semejantes canalladas, exclamó:

—Tenéis ante vosotros á un valiente. (*—C' est un brave, cet homme-là.*)

Apresurémonos á decir que los oficiales franceses de guarnición en el castillo de Figueras no se habían movido de allí dentro durante todo el sitio de Gerona, que sólo conocían de oídas.

A pesar de la enfermedad de Álvarez, no se le proporcionó un colchón decente ni una mala taza de caldo. Enviábanle por comida lo que sobraba en la cantina. Además se le pusieron centinelas en cada puerta por donde tenía que pasarse para llegar hasta su cuarto, y dos gendarmes dentro de la misma habitación. A duras penas pudo Satué enviar á su asistente á la villa para procurarse un poco de gallina y carne y un colchón para el heroico gobernador.

Como si los franceses tuviesen miedo de que Álvarez pudiese ser visto á la luz del día, volvieron á sacarle de la cama á las dos de la madrugada de la noche siguiente, sin piedad ni misericordia, pues hacía un frío horrible. Esta vez no se contentaron con hacerle escoltar por los gendarmes, sino que, después de doblar el número de éstos, le añadieron dos cañones. El preso fué conducido en el mismo cupé que antes, y, por fin, parece que los sayones respiraron cuando llegaron á las siete á Perpiñán, siendo presentados primero al gobernador y conducidos luego al Castillet.

III

Metieron á Álvarez de Castro en un zaquizami sin otros muebles que un colchón lleno de agujeros sobre un camastrón, con un trapo sucio por sábana, una almohada asquerosa, tres sillas cojas, cada una de diferente forma, y una mesucha mugrienta.

Al verse Álvarez en aquella pocilga, encaróse con el comandante de gendarmería que le servía de vigilante y díjole con enfado:

(1) Este señor mariscal no brillaba por la solidez de sus juramentos: había sido republicano furibundo, antibonapartista, bonapartista, borbónico durante el destierro de Napoleón en la isla de Elba, napoleónico durante los Cien Días, y de nuevo borbónico después de Waterloo.

(2) Pudo este dignísimo oficial recobrar su sable y la espada de Alvarez, á quien se la devolvió.

—¿Es este sitio correspondiente para un general? Y ¿son Vds. los que se precian de guerreros?

El gendarme, que probablemente sería algún fraile *defroqué*, respondióle con incomparable *esprit*:

—*Patentia vobis necessaria est.*—Dicho lo cual añadió:—Y como estáis aquí como reos en la cárcel, vengan las armas en seguida.

Y con sus manos inmundas se atrevió á quitar á Álvarez de Castro y á Satué sus espadas. Inútil fué recordar al comandante humanista los artículos de la capitulación firmada por Augereau: el inmortal defensor de Gerona fué desarmado por aquel hombre.

Un sucio ratón se permitía tomarse tales libertades con el león aherrojado.

El comandante de gendarmes, que sólo tenía *humanidades* en plural, dejó desde entonces á Álvarez de Castro y á Satué al cuidado de un carcelero, que no veía en los dos *presos* sino dos excelentes *presas*, estando dispuesto á explotarlos hasta sacarles el último sueldo. Pidiéronle de cenar y les trajo cualquier porquería, presentándoles después una cuenta que ni las famosas de Thenardier. El hombre había olido, sin duda, que Álvarez de Castro traía algún *argent*. Por fin, pagado *monsieur le geôlier*, dispusieronse el general y su ayudante á dormir en la pocilga que se les había destinado; pero ya cuidó de no dejarles pegar los ojos el gendarme que tenían de guardia de vista, el cual, ya porque estuviese poseído de un miedo cerval de que se le escaparan, ya por refinada crueldad, les despertaba así que conciliaban el sueño, acercándoles á los ojos la linterna de que iba provisto.

Al día siguiente tuvo Álvarez de Castro que sufrir de nuevo la visita del comandante latinista que fué á tomarles la media filiación á él y á Satué. Esta vez, chapurreando como podía, permitiósse tratarles de cobardes, faltos de palabra y otras infamias, diciendo que se habían fugado 21, entre ellos un edecán del general Álvarez, pero que ya habían sido atrapados 11 y degollados al momento.

Sonrióse Álvarez al oír aquellas *papas*, y replicó con sorna:

—Conque volaron: ¿eh? Y vosotros les habéis cogido y... ¡piff! ¡*Mentira!*

No podía sufrirse aquel trato: se faltaba á Álvarez como no se faltaría á un facineroso. Por decoro de Francia misma tenía que cesar un escándalo tan

odioso como el que se estaba dando en el Castillet. El héroe de Gerona le escribió al apabullado Augereau dándole cuenta de los vergonzosos desmanes de sus sicarios y recordándole su promesa de dejarle en Figueras, donde podría socorrerle el general en jefe del ejército español de Cataluña. Álvarez le entregó la carta al gendarme para que la hiciese llegar á su destino, siendo lo más probable que el hombre latino se guardaría bien de hacerlo.

Los padecimientos experimentados en el viaje y las inhumanas condiciones en que se tenía al heroico preso agravaron su estado, sobreviniéndole una fuerte calentura; por manera que todo aquel día lo pasó Álvarez muy mal, aumentándose la fiebre por la noche, y sin poderse valer al día siguiente, por lo que no pudo abandonar la cama. Pero ya cuidaron de que la abandonara. A las diez de la mañana se presentó en el calabozo de Álvarez el comandante de marras, diciendo que tenían que seguirle él y el ayudante. No se podía tener en pie el ilustre enfermo; pero, apoyándose en el brazo de Satué, logró á duras penas andar, bajando del Castillet entre dos filas de soldados que formaban el cordón, y viendo que de la misma manera que él eran bajados también los frailes.

Un gran gentío esperaba junto á la muralla y había formado el cuadro: todo parecía indicar que se trataba de un fusilamiento; pero al fin se redujo la cosa á una revista de prisioneros, aunque la intención era indudablemente darles á entender que se les iba á pasar por las armas. Terminada la siniestra farsa, volviósse los presos á sus calabozos.

El 26 fué trasladado Álvarez á una mazmorra del Castillet, cerrada con doble puerta. Como dice en su *Manifiesto* el ayudante Satué, «no parecía sino que aquellos inhumanos estaban empeñados en apurar el sufrimiento del general y vengarse, á fuerza de multiplicar martirios, del heroísmo con que había defendido á la inmortal Gerona.» La vanidad francesa no podía, en efecto, perdonar á Álvarez haber derrotado moralmente á Gouvion Saint-Cyr y á Augereau. La gloria de Gerona era un escarnio para las triunfadoras armas del vencedor de Austerlitz. En Bailén había recibido Napoleón el primer golpe mortal; en Zaragoza había recibido otro: en Gerona acababa de recibir un bofetón, y esto era más imponderable aún que una derrota desgraciada, pero al fin gloriosa.



El calabozo en que ahora yacía el guerrero que recibía á metrallazos á los franceses que se acercaban para parlamentar con él, era, según la descripción de Satué, «una bóveda larga, sin más luz que la de una pequeña ventana colocada en su parte superior. El pavimento, formado de guijarros y piedras de punta, era sumamente incómodo, desagradable y húmedo.» La cama era una yácinga indecente, y los muebles dos sillas desvencijadas. Allí le daban á Álvarez las porquerías que quería venderle á precio de oro el carcelero, y allí le daban el tormento de no dejarle cerrar los ojos toda la noche, acercándose á cada momento el gendarme con la linterna para ver si el preso tenía la misma cara.

IV

Este horrible trato duró hasta el día 6 de enero de 1810, en que, entrada ya la noche, se les hizo vestir apresuradamente al general y á Satué, sin caridad ni lástima hacia el enfermo, de cada día más debilitado por la fiebre. Antes de subir al coche que esperaba en la puerta del Castillet, donde se hallaban también los religiosos, pidió Álvarez su espada y la de Satué al comandante de los gendarmes que hacía chistes en latín; pero se les contestó que ya se las darían más adelante.

El oficial que mandaba la escolta dió la voz de cargar las armas y gritó que el primero de los frailes que intentase huir sería fusilado. «Merced á la condescendencia y buen genio del cochero,—dice Satué,—la fatiga de la jornada no fué muy molesta para Álvarez, que sufría mucho por su enfermedad.» Llegaron á Sitgan por la noche y fueron encerrados en un cuchitril que había en el fondo de una caballeriza, con tres cuartas de estiércol en el suelo. Parece que una señora francesa á quien, como á otros privilegiados, se permitió que viese á Álvarez de Castro dentro de aquella inmundicia pocilga, á través del ventanillo, sintióse presa de una congoja y hubo de ser retirada de allí deshecha en llanto.

El 8 fueron sacados de la pocilga Álvarez y Satué y conducidos á Narbona, donde les esperaba un gran tropel de curiosos. Fueron encerrados en una casa decente, toda llena de centinelas, y allí recibió el ilustre preso las visitas de varios caballeros del país que fueron á rendirle el tributo de su admiración y á ofrecerle sus servicios.

Al día siguiente, 9, presentóse de mañana un jefe de gendarmes con algunos de éstos, y, abriendo un pliego, dijo:

—El general Álvarez debe volver, mas no el edecán.

Álvarez contestó:

—¿Conque me hacen volver? Como no me vuelvan al Castillet de Perpiñán, llévenme á donde quisieren.

El edecán fué llevado á Embrun con el criado de Álvarez, y después á Nancy, y Álvarez fué enviado de nuevo á Perpiñán, y de allí á Figueras, donde llegó el día 21 de enero.

V

Fué encerrado Álvarez en un oscuro aposento, en el fondo de las caballerizas de la fortaleza levantada por Fernando VI. Cuantos le vieron pudieron certificar que por el aspecto *no revelaba grave daño en su salud*.

¿Qué infernales escenas ocurrieron en el calabozo desde su entrada allí el 21 de enero hasta su muerte, acaecida al siguiente día? La tradición quiere que un centinela, colocado en la puerta, tenía la consigna de pinchar á Álvarez con la punta de la bayoneta cada vez que se rendía al sueño. No hay pruebas para afirmarlo, pero tampoco las hay para desmentirlo. Lo que hay de cierto es que una persona de Figueras se encontró en las calles de aquella villa con un frailucho afrancesado llamado Rovireta (hecho después canónigo de Gerona), el cual le dijo que marchaba apresuradamente al castillo, «donde iba corriendo á confesar al Sr. Álvarez, porque debía morir en breve.»

Ello es que al día siguiente del tal encuentro aparecía en el calabozo el cadáver de Álvarez sobre una parihuela y cubierto con una sábana. Algunos vecinos de Figueras fueron al castillo para verle, y, como apartasen el sudario que envolvía el inanimado cuerpo del gran patricio, encontráronle con *su semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte había sido obra de breves momentos*.

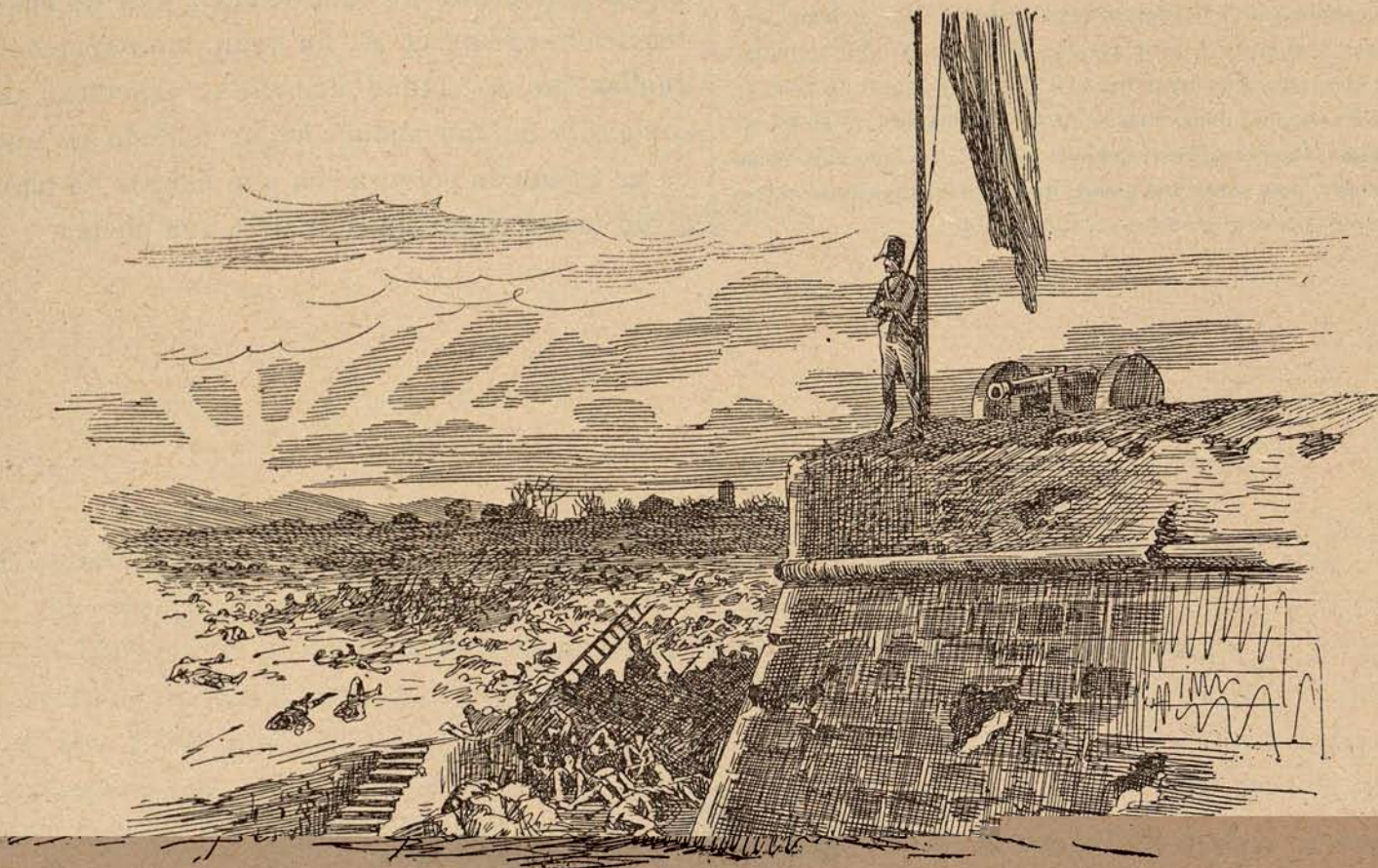
Había muerto envenenado. «Unos creen que le dió el veneno un oficial francés, compadecido de sus horribles sufrimientos y de la heroica resignación con que los soportaba: otros aseguran que el veneno que acabó con él le fué dado por orden superior» (Balaguer).

¡Quedaba vengado con el envenenamiento de Álvarez el bofetón recibido por Augereau al no poder apoderarse de Gerona por las armas! ¡Así trataban los sicarios de Napoleón al héroe inmortal, cuyo renombre vive perdurablemente, mientras tan pronto se marchitaron los laureles del odioso corso!

VI

Avisado el día 23 por la mañana el ecónomo de la

parroquia de Figueras, D. Sebastián Bataller, para que pasase á enterrar el cadáver de D. Mariano Álvarez de Castro, salió para el castillo á las tres de la tarde con tres curas y dos monaguillos, entrando en la fortaleza con cruz alta hasta el calabozo donde yacían los inanimados restos del invicto general. Rezados los responsos, se echó al cadáver sobre un tosco tablón, sin ataúd, envuelto solamente en una sábana, cargaron con él algunos soldados alema-



...los que por dos veces habían debido huir de ante sus muros

nes, y el general Guillot, con algunos oficiales franceses, tuvo la dignación de acompañar el cadáver hasta el cementerio. Llegados allí, quisieron los alemanes quitarle la sábana, cosa que le pareció muy puesta en orden al susodicho M. Guillot, viendo lo cual el P. Bataller exclamó indignado:

—¿Cómo es eso? Hasta las fieras respetan los cadáveres. Si Vds. le quitan la sábana, le envolveré yo con mi capa pluvial.

M. Guillot accedió entonces á que Álvarez fuese arrojado á la fosa envuelto en la sábana, y sin más ceremonia fué enterrado (1). Ya podían dormir tranqui-

los los que durante siete meses se habían visto constantemente rechazados, los que habían perdido

general de Cataluña D. Francisco Javier Castaños, mandó poner en la puerta del calabozo en que murió el héroe una verja y una inscripción, que decía:

MURIÓ ENVENENADO EN ESTA ESTANCIA
EL DÍA 22 DE ENERO DE 1810
VÍCTIMA DE LA INIQUIDAD DEL TIRANO DE FRANCIA
EL GOBERNADOR DE GERONA D. MARIANO ÁLVAREZ DE CASTRO
CUYOS HEROICOS HECHOS VIVIRÁN ETERNAMENTE
EN LA MEMORIA DE TODOS LOS BUENOS

No hace muchos años había en el calabozo donde murió Álvarez un medallón con orla negra con la palabra *Memento*.

Las Cortes de Cádiz inscribieron en la sala de sesiones, con letras de oro, el nombre de Álvarez de Castro, al lado de los de Daoiz y

(1) En 1814 fueron trasladados los restos de Álvarez á una modesta urna en la capilla de San Narciso. Al año siguiente, siendo capitán

15 ó 20,000 hombres en la vana porfía de querer penetrar como guerreros en la ciudad invicta, los que por dos veces habían debido huir de ante sus muros. Ya no latía en Gerona el grande espíritu de Álvarez de Castro; ya no quedaba allí dentro quien

Velarde. En tiempo de la reina Cristina concedióse á un digno pariente del general el título de *marqués de Gerona*, que sucesivamente llevaron con honor dos de sus descendientes. Hoy está extinguido dicho título.

Digamos ahora que es imposible desconocer el odio africano que los franceses abrigaban contra Álvarez de Castro. No sólo lo indica su infame asesinato, sino otros hechos. Cuando en julio de 1809, en pleno sitio de Gerona, devastaba Soutl á Extremadura, *el obispo de Coria, D. Juan Álvarez de Castro, tío del general*, anciano casi nonagenario, postrado en cama, fué sacado de ella violentamente por los merodeadores franceses y *bárbaramente fusilado*.

tuviere aliento para coger un arma. Eran dueños de la ciudad cementerio, de la ciudad insigne en que durante el sitio no se conoció ninguna mujer embarazada, ni dieron flores las plantas, ni hicieron cría los brutos. De la ciudad ante cuyos muros debió escapar dos veces Duhesme, quedó corrido Saint-Cyr, desacreditado Verdier, desconceptuado para siempre Augereau; de la ciudad de cuyo nombre no quieren acordarse los franceses por recordarles una de sus más grandes humillaciones, una de sus más crueles vergüenzas. Al fin eran, los napoleónicos, dueños de la ciudad demolida, espectral, cuyo suelo sólo habían podido hollar cuando no quedaba un grano de pólvora con que cargar un trabuco ni un brazo capaz de arrojarles una piedra.

